

A woman with dark hair, wearing a white jacket, sits on the ground in the center of a courtyard. She is surrounded by a group of children, mostly boys, who are also sitting on the ground and looking towards her. The children are wearing various jackets, including one with "OREGON TRACK CLUB" and a Nike logo. The courtyard is paved and has a large palm tree in the background. In the background, there is a building with a brick archway and a window. The entire scene is framed by a blue, textured border.

LEYENDAS Y CONSEJAS

AGRIPINO GONZÁLEZ, T.C.



Agripino González Alcalde, Postulador General de los Tercerios Capuchinos, nace en Salazar de Amaya, Burgos, en 1942.

En 1961 ingresa en religión y en 1971 es ordenado sacerdote en Palencia.

Licenciado en teología por El Angelicum de Roma, posee también el máster en la Congregación para las Causas de los Santos.

En 1977 es nombrado Vicepostulador de la Causa de Beatificación de Luis Amigó. Y en 1989 Postulador General de su Congregación.

Ha conseguido la beatificación de 23 Mártires de la Familia Amigoniana, así como también llevar la causa de Luis Amigó hasta su tramo final.

De su pluma han salido 19 libros y opúsculos, algunos en colaboración, y ha dirigido la Hoja Informativa del Venerable Luis Amigó en los últimos 120 números.

Ha impartido asimismo numerosas semanas de renovación, a religiosos y religiosas. Es Consejero General de su Congregación y juez o fiscal en varias causas de canonización de la Diócesis de Valencia.

LEYENDAS Y CONSEJAS

AGRIPINO GONZÁLEZ, T.C.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

© Agripino González Alcalde, T.C.

Primera edición: noviembre de 2007

Depósito Legal: V-4335-2007

Maquetación e impresión: Martín Impresores, S.L. - Valencia

***A los alumnos del E.P.L.A.
¡Tan alegres bajo las arcadas del claustro!
El autor***

ÍNDICE

Prólogo	9
1. La ratita anoréxica	13
2. El trazado de la carretera	17
3. La cacatúa sabelotodo	23
4. Incapacidad de asombro	27
5. La abubilla de cadencioso vuelo	33
6. Ofrenda lírica	39
7. El autillo encopetado	45
8. Sobre libros y otras zarandajas	51
9. El periquito y la cotorrita	59
10. Las violetas de la farola	63
11. El gorrinillo gruñón	69
12. Alegría de un pobre	75
13. La zorra y al azor	81
14. Las hacendosas avispas	87
15. Ovejas, cabras y cabritos	93
16. Mansedumbre y humildad	99
17. El convenio de los ratones	105

18. Ajustes y desajustes	111
19. El labriego y su zagalillo	117
20. La Ingratitud	123
21. Diálogos de caniches	129
22. El pardal y la cotorra	135
23. El Adviento	141
24. Nurses para perros	147
25. Juan Pablo I	153
26. Mis viejos ratones caretos	159

PRÓLOGO

En cierta abadía, de cuyo lugar y nombre no puedo acordarme, diariamente se recitaba el santo rosario en comunidad. Y los religiosos semanalmente se turnaban en la dirección de esta práctica devota. Pero hete aquí que, cuando el turno tocaba a cierto hermano al finalizar cada uno de los misterios infaliblemente se olvidaba de decir el *Ave María Purísima*. Pero otro de los hermanos automáticamente saltaba a remediar tamaño olvido, aunque sin conseguir hasta el presente, claro está, corrección alguna del primero.

Al día de hoy, y del hecho en cuestión va ya para un año largo, ambos hermanos todavía se encuentran en un espectacular e infinito empate técnico. Es decir, que ambos se mantienen enroscados en sus trece. El extraño caso me llevó a componer, tiempo ha, la conseja titulada *El Periquito y la Cotorrita*, del capítulo 9.

En su día tuve la impresión de que la conseja me había salido bastante lograda y apañadita. ¡Y a qué padre no le parecen sus hijos preciosos, por más que le nazcan canijos y de facciones ilícitas!

tas! Por ello me animé a seguir escribiendo otras leyendas y consejas más, fruto de lo cual vino a la luz el volumen que ahora tienes entre tus manos.

El caso es, caro lector, que conseguí hilar en breve tiempo un puñadito de consejas, como una docenita larga. Esto hacía, a mi parecer, que el libro fuese un tanto monorrímo y monótono, como si fuera un libro de fábulas. Por ello me decidí a intercalar entre las consejas una serie de leyendas, más bien relatos cortos diría yo, y algunas cartas que años ha escribí a mi buen Padre Fundador. Son una especie de cuentecillos adornados con dulzura y prosa muy cuidada. ¡Ah, eso sí!, cada uno de ellos con su correspondiente microbio o sentencia que le hace apetitoso.

Un compañero mío de hábito, ya hace algunos años, me sugirió que en la predicación debía de hacerlo de tal manera que me entendiesen los niños. Si ellos te entienden, te entenderán los mayores, me dijo. Y es la pura verdad. Por ello pretende ser éste un librito de relatos breves, escritos como para niños, pero dirigido intencionalmente a los adultos. Por ello mis relatos no están exentos de cierto gracejo, ya que por mucho que se de a la narración nunca será demasiado, según asegura Quintiliano.

Por otra parte “con la variedad de temas y tonos he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos y se opone a la varia armonía que tanto deleita el ánimo y aviva la atención”, como asegura Samaniego en la introducción a sus *Fábulas*.

He de decir que los argumentos y relatos en su totalidad son invención mía, si bien algún hecho particular me haya podido dar o facilitar pie para ello. De todos modos a esta colección de leyendas y consejas, fabulillas o relatos breves, cortos, les he impreso un estilo sobrio, lacónico y conciso, pero elegante, para deleite de los lectores. He tenido muy presente el consejo que en su *testamento filosófico* Jean Guittou da para escribir bien, es decir, tener siempre a mano -o delante, que esto no lo recuerdo ahora con precisión,- la papellera. Es decir, sugerir el máximo con un mínimo de palabras.

¡Ah!, cada capitulito tiene sentido completo en sí mismo, sin relación o dependencia alguna con los demás, lo que permite poder saborear estas leyendas y consejas sin orden alguno, a la vez que abandonar la lectura en cualquier momento. No se pierde el hilo, por la simple razón de que los capitulitos no están engarzados, ni siquiera hilvanados, sino arrojados unos a otros al azar y en orden aleatorio.

Finalmente, caro lector, mi mejor deseo es que la lectura te sea agradable e instructiva, que si algún microbio benevolente recibes en tu espíritu será para bien tuyo y deleite mío, que es lo que he pretendido en todo momento en la elaboración del libro.

Fr. Agripino G.

1. LA RATITA ANORÉXICA

Hace ya algún tiempo, allá por la primavera creo que fue, mi amigo Filiberto me regaló un par de ratones de los llamados caretos. También se les conoce por lirones. Te divertirás con ellos, me dijo.

Son los ratones caretos unos roedores pequeños, simpáticos, cola larga y grandes orejas. Y sumamente espabilados y móviles en sus carreras y peripecias. Se alimentan de vegetales, determinadas semillas y algunas frutitas. Y también de pequeños caracolillos. ¡Ah! y, por supuesto, les encanta el queso.

Suelen ser muy precavidos en almacenar alimentos para el invierno. No quieren correr el riesgo de que les pille un golpe de sueño de improviso. Tienen, pues, ganada fama de previsores y dormilones a pierna suelta.

A mis dos ratones caretos les tengo sueltos en una parcelita de la huerta. Les he acotado su habitat con una tupida malla al abrigo de la casa. Así puedo yo disfrutar de su vista y ellos de su vida ratonil al aire libre. Gozan en ponerse a

dormir al sol sobre el balcón de una carrasca o en deslizarse por el tronco carcomido de un ciruelo.

¡Ah!, eso sí, cuando se inicia la primavera, o poco antes, abandonan su letargo invernal. Muy pronto su señora esposa lanza al viento los conocidos sonidos de alta frecuencia reclamando calor. Se inicia así la época del apareamiento.

Lo cierto es que, fruto del sol de primavera y del calor del instinto (que todo hay que decirlo), el pasado año me obsequiaron ya con cuatro retoñitos. Han salido tan bellos y simpáticos como sus progenitores caretos. Tres móviles lirones machos y una pizpireta señorita.

Lo cierto es que trepando por el tronco seco del ciruelo, y encaramándose luego por una ventanita a malla, por un agujerito que han logrado perforar en ella, logran descender a mi despensa con inusitada frecuencia.

Luego de un tiempo, y algunas serias reflexiones, logré colegir que debían de ser los simpáticos ratones caretos los que hacían mella en mis viandas. Pero me tenía un tanto perplejo el hecho de que, mientras los ratones se iban robusteciendo día a día, la reinecita de la familia ratonil, ¡cosa rara!, se mantenía chupadita y con el riesgo de quedarse anoréxica.

Hasta que cierto día, o para ser más precisos a la hora de la merienda y al frescor de la tarde, siento rumor en mi despensa. Aplico mi oído a la herrumbrosa malla de la ventana y oigo que murmuraban, cosa natural en ratones:

- ¡Va! ¡Come de este queso! ¡Que está muy bueno!...

- ¡Qué asco! Este gorgonzola tiene un olor tan pestilente... Que me da nauseas, vamos, replicaba la señorita de la familia. Es que no puedo con él...

- Pues come de ese otro de gruyere, que no despide tanto olor.

Y la ratita objetaba a sus hermanos de camada. ¡Pero es que tiene tantos agujeros ese quesito!...

- Pues ayuna, para que no rompas la báscula, le espeta su hermano mayor, que reconozco que era un tanto rudo y hasta un poco bruto. A fin de cuentas ratón de huerta.

- Siempre os tenéis que meter conmigo, suelta lloriqueando la menor de la familia. No quiero comer. Y no, y no, y no...

Hasta su mamá careta le dice, para animarla a que afile sus dos dientecillos tallados en bisel:

- No seas tonta, hija. Pues come queso de cabrales, o ese otro en lonchitas. Es un quesito muy fino, ¿sabes?

Y a la más leve y amorosa insinuación maternal la ratita repetía:

- He dicho que no, y no, y no...

Total, que una tarde más la ratita se queda sin comer, merendar o cena fría que fuera, que no lo sé. Y cada vez, la ratita apuntaba más delgadita y anoréxica.

Hasta que cierto día, o por mejor decir tarde de merienda, el padre careto, un poco molesto ya de la testarudez de su pequeña, se pone solemne, de una solemnidad romana y, ahuecando su ronca voz de ratón viejo, sentencia:

Mira, hija, aquí y ahora de lo que se trata es de comer y de sobrevivir. Que el queso tiene un olor penetrante y extraño, pues se tapa uno un poquito la nariz, y dentro. Que las lonchas son finitas, pues se toma uno media docena. Que tiene grandes agujeros, pues se come alrededor de ellos, como hacemos tu madre, tus hermanitos y yo.

La vida es así. Y Dios que la ha hecho sabe el porqué todas las cosas tienen, juntamente con lo pulposo del alimento, algún pequeño defecto. De inteligentes es tomar lo bueno y dejar lo malo.

Y no sé de donde le salió, pero aquel ratón, que era -ya digo- viejo y sabía griego, y parece ser que también hebreo y hasta arameo, le recita a su damisela aquel texto paulino: *Omnia probate, quod bonum est tenete, ab omni specie malo abstinete*. Y que luego hasta traduce, para alimento espiritual de su numerosa familia ratonil, de esta manera:

- *Examinadlo todo, quedaos con lo bueno y desechad lo malo.*

¡Caray, qué sabio era aquel padre de familia, digo, mi viejo ratón careto!...

2. EL TRAZADO DE LA CARRETERA

Debió de ser allá por 1890. Poco después de la primera república, o algo así. Al menos es lo que aseguran los mayores del lugar. El pueblo, que goza honores de villa, todavía no tiene luz eléctrica. Pero exige carretera y autobús de línea. Como los pueblos más avanzados, claro. No van a ser menos ellos. ¡Faltaría más...!

Era domingo y la campana grande, la de Santa Columba, toca a concejo. Eso sí, luego de misa mayor como es de ritual. El pueblo se reúne en la casa consistorial. No falta a la cita ni un solo vecino. Para las gentes del lugar la voz de la campana es la voz misma de Dios. Y nadie falta cuando ésta toca. Eso jamás de los jamases.

En la casa concejo los mayorazgos del pueblo hablan los que más. Y lo hacen en tono oratorio mayor. Lucen porte de parlamentarios decimonónicos. Como es de rigor en ellos, pues todavía hay clases en el pueblo. Hay que ir a la capital, a la diputación. Y hay que parlamentar con el señor gobernador, dicen. Y hay que largarle resueltamente:

- ¡Queremos carretera, señor gobernador! ¡Y coche de línea también!

En efecto. Tres o cuatro, de los más avispados de la villa, se ponen el traje de comer fideos. Sus señoras les colocan el pañuelo blanco en el bolsillo de la chaqueta. Y, a la capital que se van. Hala, a parlamentar con el señor gobernador. Éste les asegura, que en seguida les enviará el ingeniero mejor preparado de que dispone la diputación a su cargo. Y, como lo dice, así también lo cumple. Que todavía pervive la honradez castellana en el cumplimiento de la palabra empeñada.

A los pocos días el dicho ingeniero se traslada a la villa en cuestión. Observa el terreno. Elabora los planos. Y diseña el trazado de la carretera que con tanto fervor el pueblo pide. Pero, hete aquí que el trazado de la carretera no es totalmente del agrado de los lugareños. Al menos de los mayorazgos del pueblo.

El señor Vitorio, embutido como siempre en su zamarra azul y cuya cerrazón parece ser que le viene ya de herencia, se cierra en banda:

- La carretera no puede ir por ahí, dice. Pilla la finca que me dejó en herencia mi difunto abuelo.

El Ruperto, padre de familia numerosa, a su vez objeta:

- Si la carretera pasa por el pueblo, los coches atropellarán a los chiguitos.

El señor Vitor, otro de los mayorazgos del lugar, argumenta por su parte y a su favor como siempre:

- No se puede tirar la carretera por la vega abajo, que es la mejor tierra del pueblo. Y, además, la perjudicarían las humedades.

Y el señor Antonio, el Lechonero, razona de esta guisa:

- Si la carretera es para el pueblo, debe de hacerse a gusto del pueblo. A gusto de todos. ¿O no?, vamos, digo yo.

También el tío Moños, la mejor cabeza pensante de la villa, según decían, pone sus propios reparos al proyecto.

Total que el ingeniero, recogiendo las diferentes observaciones y sopesando las diversas posibilidades, no tiene más remedio que tirar la carretera a un kilómetro del pueblo, como le exigen los vecinos. Por arenas y fincas centeneras. Así podrán edificar las casillas de los camineros en los altos y, quienes se bajan del autobús, pueden empujar a éste para que engrane la marcha cuesta abajo. Pues, en aquellas calendas los autobuses todavía iban a gasógeno. Y así permanece el trazado de la carreterita, alejada del pueblo, por cerca de cien años.

Luego de un largo interregno de paz virgiliana en el pueblo, la campana grande de la torre que de nuevo toca a concejo. Y nuevamente se congregan los vecinos en la casa consistorial. Y nuevamente también toman la palabra los mayorazgos del pueblo, hijos o nietos de los anteriores parlamentarios. Hay que ir nuevamente a la capital, dicen, a parlamentar con el señor gobernador.

- ¡Queremos carretera, señor gobernador!, le diremos. ¡Y también autobús de línea!

Nuevamente parlamentan con el señor gobernador. También éste promete enviarles a su mejor ingeniero. Lo que promete y cumple con su no desmentida honradez castellana. Se trata, en esta ocasión, de conectar la carretera anterior con un ramal de tierra blanca que la una al pueblo. Total, un kilómetro escaso... No será mucho pedir, se dicen.

Nombran una comisión para parlamentar con el señor gobernador. Y éste se aviene a enviarles en seguida a su mejor ingeniero para que les trace la carreterita pedida. El técnico o périto, como ellos dicen, acude al pueblo. Observa las tierras. Sopesa los pros y los contras. Traza los planos. Y echa la carretera recta por las fincas. Por la parte alta del camino comunal de tierra. El terreno es más firme, asegura. Y además, observa, permite que se vea el pueblo desde la carretera general, como ellos desean.

Pero tampoco esta segunda vez el trazado vecinal convence demasiado a los del pueblo. Especialmente a los mayorazgos del mismo, por supuesto. Éstos se oponen a que la carretera cruce sus mejores fincas. Claro que los coches ya no atropellarán a los chiguitos. Simplemente, que ya no hay chiguitos en el pueblo. Definitivamente la carretera se traza con tres curvas, y por el antiguo camino vecinal por lo que, al día de hoy, tampoco se divisa el pueblo desde la carretera general.

Por tercera vez la campana mayor, la campana grande, con pausada solemnidad llama a concejo. Los pocos vecinos que ya quedan en el poblado acuden puntuales a la casa consistorial. Como si de la voz de Dios se tratara. No falla ni un solo aldeano. Paseando, con sus pulgares en las sobaqueras de sus chalecos, parlamentan sus señorías con toda la seriedad del caso. Como si de parlamentarios decimonónicos se tratara.

Es necesario enviar una representación del municipio a parlamentar con el señor gobernador de la provincia. Hay que decirle:

- ¡Queremos una carretera recta que permita ver la torre del pueblo! Así claman los descendientes de quienes un día tuvieron la buena idea de reclamar para su villa carretera y autobús de línea.

En éstas estaban cuando el señor Hipólito, el de la Fuente, luego de larga discusión, incorpora su encorvada figura, se endereza a duras penas y, afianzándose fuertemente con las dos manos en su garrota de fresno, pregunta:

- Y digo yo: ¿Para qué diantre queréis pedir un ingeniero para tirar luego la carretera por donde a vosotros os de la gana? ¿Para qué molestar nuevamente al señor gobernador? ¿Para qué, si luego tiráis la carretera por donde vosotros queréis?

Aquí finalizó la reunión, pues renuncian a molestar por tercera vez al señor gobernador. El pueblo tiene ya luz eléctrica, y agua corriente, y goza de muy buen clima, y tiene muy buen aire,

pero no tiene buena carretera, ni autobús de línea, ni chiquitos que les atropellen los coches, ni juventud alguna. Es un pueblo o, mejor dicho, era un pueblo medieval. Hoy no es más que una aldea mortecina.

¿Para qué molestar al ingeniero para el trazado de la carretera, para tirarla luego por donde vosotros queréis? ¿Ilógico? ¿Absurdo? ¿Incoherente? Tal vez sí. La verdad es que sí. Pero creo que a todos nos sucede con demasiada frecuencia, como a los lugareños de aquella aldea.

Y pregunto yo, con el señor Hipólito, el de la Fuente: ¿No nos pasamos la vida machacando al Perito con el rezo diario del padrenuestro: “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”, y luego, ¡ay!, tiramos la carretera por donde nos da la real gana?

Y hasta acuden a mi mente las palabras de Jesús: “No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial”.

Y también aquellas otras contra los falsos profetas: “¿Por qué me llamáis Señor, Señor, si luego no hacéis mi voluntad?”

3. LA CACATÚA SABELOTODO

Tengo en la ventana de mi despacho una linda cacatúa. Es la cacatúa conocida comúnmente como de moño blanco o alba. Es un pequeño animalito, grácil, de níveo color. La cacatúa tiene su cabecita tocada de un gracioso moño o copete de peluche, suave como el algodón y, ya digo, más blanco que el armiño.

De lejos da la impresión de que lleve puestos dos auriculares. Eso sí, peludos, sedosos y suaves, y también más blancos que la misma nieve. Tengo para mí, viéndola mover su cabecita, que más parece un chorlito, que no una cacatúa, pero bueno...

A veces se pasa horas y horas, como inmóvil, a la ventana. Da la impresión de que esté deprimida, agobiada, estresada. Yo la llamo la cacatúa sabelotodo. El abuelo, en cambio, me hace notar que el animalito en cuestión tiene demasiados periféricos para tan poca cabeza. Y creo que al abuelo no le falta razón. Mi cacatúa semeja a una locutora de radio en su estudio.

¡Ah, eso sí, es una cacatúa sabelotodo!

Yo creo que no se quita los cascos ni para comer. ¡Qué digo!, ni para dormir. Tengo fundadas sospechas de que nació ya con ellos puestos. Que le son tan consubstanciales a su persona como las mismas alas.

Siempre con ellos puestos, ya digo, se pasa las horas del día y de la noche. Indudablemente la tal cacatúa vive pegada a la radio, al televisor, al móvil y, por supuesto, al ordenador del que se baja música, pelis y cursos de idiomas. Pues vive y se desvive por verlo todo, saberlo todo, conocerlo todo, probarlo todo y gozarlo todo. ¡Qué peligro! Su vida es un constante ver, oír, escuchar, conectar, enviar, recibir, bajar...

¡Ah, eso sí, es una cacatúa sabelotodo!

Y, lo que dice el abuelo, ¿para que diantre quiere saber tantos idiomas, si en su cabecita no puede anidar idea alguna?

Últimamente yo sí he notado que mi cacatúa no calla ni a sol ni a sombra. Nada dice de provecho, pero tampoco calla nada. Ni calla ni escucha. Ni atiende ni entiende. Habla a tiempo y a destiempo. Habla con ocasión y sin ella. ¡Ah!, y lo que es mucho más grave aún, pregunta sin aguardar respuesta. En fin, que es un puro y constante monólogo. Es decir, que está hecha un perfecto yo-yo.

¡Ah, eso sí, es una cacatúa sabelotodo!

Precisamente anteayer al atardecer -pensativo y perplejo como me encontraba yo engolfado en mis pensamientos, lo que son las cosas- un silen-

te autillo, mochuelo o lechuza que fuera, aterriza en la esquinita del tejado y me susurra al oído:

- Sí, sí... Cacatúa que todo lo sabe, pero que no presta para nada.

Apenas me dio tiempo a responderle:

- ¡Cállate, pajarraco nocturno! ¡Centinela de la noche! ¡Visión siempre negativa!, pues enseguida levanta su vuelo y se precipita en picado sobre un ratoncito careto que iba en busca de aventuras, o tal vez de vituallas para cenar, en el huerto del vecino.

El guardián de la noche pareció responderme con el lenguaje de los hechos:

- Yo divisé un ratoncillo, lo atrapé, cené y con esto me basta. ¿Para qué quiero saber más?

Yo todavía seguí envuelto en mi perplejidad. Pero me dije, o mejor dicho, pensé: ¡Ah, pues es verdad! Mi linda cacatúa sabe de todo pero es incapaz de comunicarse con nadie. Ni sale de su jaula, qué digo, ni sale de sí misma. Y, para colmo, vive siempre deprimida, agobiada, estresada. Y ahora me pregunto yo:

¿Para qué tanta música, si nunca llegará a ser una bailarina del Bolshoi?

¿Para qué tantos idiomas, si no tiene ni una sola idea en su cabecita?

¿Para qué tanto hablar, si su charlar resulta odioso, indescifrable, tedioso e inconexo?

¿Para qué quiere saberlo todo, si luego no presta para nada?, como me aseguró el autillo.

Y aún me sigo preguntando:

¿Para qué atiborrar nuestro cerebro de palabras, imágenes, noticias, sonidos musicales... y vivir estresados, si con saber el propio deber, y realizarlo pacíficamente, es más que suficiente? Corremos el riesgo de que Pablo nos eche en cara, como a los atolondrados tesalonicenses, “que nos pasamos el tiempo muy ocupados en no hacer nada”.

¡Mira que los humanos somos como la cacatúa de moño blanco, la cacatúa sabelotodo!

4. INCAPACIDAD DE ASOMBRO

Perdónenme, mis caros lectores, pero... voy perdiendo mi capacidad de asombro. Y la voy perdiendo a ojos vistas, exageradamente rápido. Y es que..., verán ustedes, acabo de regresar de dar unas charlas en el Santuario de Nuestra Señora de Montiel, en Benaguacil (Valencia).

Montiel es un pequeño cerro que se alza sobre la llanada de la Comarca del Turia. Tiene una altitud de 230 metros sobre el nivel del mar. En su falda oriental se halla recostado el monasterio, deliciosa mansión de oración y de paz de las Religiosas Terciarias Capuchinas. En él he pasado tres días maravillosos. Desde mi celda, al sol naciente, he podido contemplar los más bellos amaneceres de la huerta levantina. Y a las siete en punto, al viento de la tarde, tras el monasterio en umbría, he gozado del más bello y monorrino concierto de cigarras aserrando en piteras, algarrobos y olivos. Al caer la noche, desde la altura, he visto la llanura policroma y multicolor que traduce el murmullo del día en luz y paz. Y siempre en el monasterio la plegaria y el canto acompasa-

do de almas en oración. Y el subir por la costanilla y la ladera de peregrinos a la ermita.

Hoy, estimados lectores, la cumbre del cerro lo corona *La Cueva*, pequeña gruta natural, dedicada a San José, y rústicamente adornada con los atributos del Santo Carpintero. Es la gruta donde en 1620, y según la tradición, se trasladaba la Virgen de Montiel haciendo milagrosamente el camino desde lo que hoy es el monasterio hasta ésta, en la cumbre del cerro. Y el pastor Graciano, incasable, en su zurrón de piel de merino la bajaba amorosamente.

El monasterio y sus alrededores ha sido transformado durante luengos años en algo sencillamente artístico, hospitalario y acogedor. Los trabajos y esfuerzos de una religiosa, viejecita ahora y avellanada ella, diminuta y simpática, llamada madre Dominica de Castellón, consiguió la maravilla. Se le nota, es de familia de artistas. Es una Porcar Ripollés.

¡Ah!, se me olvidaba, pero quisiera precisar algo que considero interesante para el relato. La gruta, coronada en su cima por una gran cruz de hierro iluminada, es la estrella polar de toda la llanura en la noche levantina. Junto a ella la madre Dominica ha conseguido un recinto solitario, un pequeño eremitorio, un recinto franciscano para la penitencia y la reflexión, como gustaba llamar ella. Se trata de una pequeña cama de madera con somier de cuerdas de esparto, dentro de un hábitculo bajo, muy bajo, y no mayor de tres varas en cuadro. Y todo ello adornado de tejuelos con inci-

siones de frases franciscanas, artísticas taus, y el *Himno al hermano Sol*.

Anteayer fue viernes. El día no era excesivamente caluroso. Antes de comer y en dos saltos me presento en la gruta. Es una forma de hacer ejercicio físico y espiritual antes de la comida. Con las prisas, mis caros lectores, me olvido de llevar la llave para poder entrar en la gruta. Menos mal que al llegar a la cumbre me encuentro con dos jóvenes, digo, al parecer. De lejos, y en una primera impresión en la subida, me parecen dos muchachitos de los que frecuentemente merodean por la cumbre de la colina. El uno está recostado sobre el tronco de un olivo añoso y antañón; el otro, como a escasos pasos del primero, se dispone a calzarse unas viejas zapatillas deportivas.

Cuando llego, y hago ademán de dirigirme a la Cueva, se incorpora el primero y me tiende la mano y me ofrece la llave. ¡Frutos de un encuentro! Puedo comprobar que viste medio pantalón vaquero, cuyo color original no me es dado ni siquiera barruntar, que termina, sumamente ceñido, en unos deshilachados a la altura de medio muslo. Una camisilla, como en bandolera, cubre buena parte de su cuerpo y sus faldones se anudan a su costado izquierdo. En los pies calza zapatillas también deportivas, pero sin cordones. El otro, que supongo compañero, viste poco más o menos igual. Y ambos dos llevan el cabello corto y bastante descuidado.

Me quedo mirándoles atentamente al recibir la llave y no sé por qué rara intuición -reconozco,

amados lectores, que para esto de intuiciones soy fatal-, viendo que tienen algo más edad de la que en principio pensé, quise intuir que serían novios, aunque me fue imposible disipar mi perplejidad (perdón por mi curiosidad insana) por saber quién de los dos era la fémina.

Con prisas subí a la Gruta y con prisas la visité, y con prisas bajé al monasterio, y con prisas tal vez -¡ay pecado de mí!- saco estas apresuradas impresiones. ¡Las prisas es lo nuestro, hermano Rayo! Lo cierto es que desciendo al comedor o refectorio del monasterio en el preciso momento en que los ejercitantes hacen su ingreso en él. En mesas de a cuatro compartimos el pan y la palabra. Contando estoy yo mi insólito encuentro matinal en la montaña cuando una religiosa terciaria capuchina me dice:

- ¡Ah!, sí. Se trata de dos religiosas que se han retirado allá arriba.

- ¿Cómo ha dicho, hermana?, pregunto un poco aturdido.

- Que son dos religiosas de la congregación de...

- ¡¡¡Psy!!!, respondo a mi interlocutora, ayudándome de un trocito de pan, ignoro si para empujar la sopa al estómago o la afirmación a mi sesera.

Y mis dudas me hubieran quedado, mis queridos lectores, si no fuera porque a los pocos minutos ambas dos acceden al refectorio idénticamente trajeadas, si bien con las zapatillas ya enlazadas,

y calcetines gordos de lana color rojo bermellón, y ocupan una mesa contigua.

- Estas son, ¿no, padre?

- Sí, claro, respondo; aunque, la verdad, mi claridad no es todavía mucha.

- Han venido a reflexionar, y arriba pasan la noche en sacos de dormir. Al monasterio tan sólo bajan para la comida, me certifica la madre.

- ¡Ya!

En cuanto a lo de reflexionar no tuve dificultad en admitirlo, pues era evidente que falta les hacía. Si bien siempre he creído que la soledad de la propia celda, o en todo caso en compañía del de la capilla, es preferible. Y en cuanto a lo de dormir en sacos lo considero costumbre preadamítica, puesto que no sé si fue ya Adán, o en todo caso su señora esposa doña Eva, inventaron la cama que, mientras no se demuestre lo contrario, es el mejor espacio o recinto de que disponemos para dormir y descansar.

Terminamos la comida fraternal, y la charla, y lo mismo la de ayer sábado. Y hoy, domingo, al caer de la tarde y luego de la despedida, tomo mi viejo *Seiscientos*, que tengo aparcado en la plazoleta del monasterio, mis caros lectores, y me dispongo a descender al ruido y a la civilización de la llanura. Apenas llego a la tercera curva de la carreterita que desciende del Santuario cuando, ya renqueante, mi viejo *Seiscientos* opta por parármese. Son muchos los kilómetros que hemos hecho juntos y, lo reconozco, es un viejo senti-

mental. Abro el capó para tratar de auscultar su pequeño cuerpecillo metálico cuando le creo escuchar claramente:

- ¡A cualquier cosa llamáis vosotros un coche...!

- ¡Y a cualquier cosa llamas tú una religiosa!, le respondo un tanto molesto. ¡Creí que te habías parado para pedirme renovación de votos!, le digo.

- ¡Ah, no, no, no!, parece responder a mis reconvencciones. Y prosigue su camino descendente. Esta vez, bajando de Montiel, tampoco me ha dejado tirado en tierra. El *Seiscientos*, el viejo *Seiscientos*, es un grandísimo amigo mío, pero..., mis caros lectores, ¡ay!, me acuso de que voy perdiendo mi capacidad de asombro.

5. LA ABUBILLA DE CADENCIOSO VUELO

Para finales de marzo -decía el pueblo llano- hace muchos, muchos años- llega el buen tiempo. Han salido ya los fríos del invierno. La naturaleza comienza a desperezarse. Florece el espino. Aparecen ya las primeras violetas al remanso de la arboleda. Y apuntan las margaritas al borde del sendero. Brotan los sembrados. El clima es amable. Y las gentes del pueblo salen a sus campos.

Los jóvenes acuden a la labranza. Las mujeres, con su azadilla, van a recoger vallico para los conejos. Y los hombres, quien a por leña al monte, quien a la siembra del tardío, quien a descubrir su viña. En sus viejos troncos apuntan ya los primeros brotes, vigorosos, virginales. Necesitan el descubierta, al primer sol de abril, si bien con el riesgo de que un mal frío tardío o algún viento dañino del norte hiele sus brotes.

A esta precisa tarea acudía un padre, con su herramienta al hombro, al que seguía a pocos pasos su hijo menor, zagalillo de apenas quince abrils. Ambos se dirigían a Valdelhaya, a una cen-

tenera en que tenían plantado su majuelo. Este les daba los buenos años -según decía al viejo- para el gasto y algo más, lo que no es poco.

Al majuelo, a la parte del arroyo, le habían nacido hace años algunos olmos. Fue ya en tiempos de la República, según aseguró su padre al viejo. Servían para mitigar los rayos del sol, al menos a la hora de la merienda.

Precisamente de uno de estos olmos reviejo, seco ya, levanta el vuelo un delicioso pájaro que es la ilusión del zagalillo. ¡Nunca había visto otro igual! Tenía el plumaje del cuerpo pardo anaranjado, el dorso y las alas negras con franjas blancas. Y el pecho como blancuzco. ¡Ah!, y una deliciosa crin o copete. Y decide seguirlo, con la intención de atraparlo, claro está.

El pájaro en cuestión da un primer vuelo corto, pausado, cadencioso. Y se viene a posar sobre un mojón de piedra que deslinda la viña. El padre, por no desilusionar al zagalillo, también persigue al pájaro tratando de no perderlo de vista.

El ave, apenas guipa las aviesas intenciones que animan a padre e hijo, no hace sino dar un segundo vuelo, que recuerda el de las mariposas, pero algo más largo y siempre elegante y pausado. Y viene a posarse sobre un espino en flor.

- Padre, sigámosle. Que le cogemos. Que se cansará antes que nosotros.

- Sí, hijo, sí. Que parece que ya va algo cansado.

Y padre e hijo siguen al volátil que, al sentir la cercanía de ambos, nuevamente emprende su vuelo pausado, elegante, cadencioso, alcanzando en su huída hasta unos chopos de la carretera comarcal.

- Vamos, padre, que ya lo cogemos. ¡Mire qué bello penacho de plumas tiene en la cabeza!

- Si, hijo, sí. Vamos. ¡No nos demos por vencidos!, murmura el viejo.

- Mire, padre. Tiene el pico levemente curvado. Y mueve la cabeza cadenciosamente para atrás y para adelante.

- Si, hijo, sí. Seguramente que tiene el pico así porque se alimentará de orugas en campos y estercoleros. Y sí, mueve acompasadamente la cabeza como si fuera un chorlito. O una garceta de los humedales. Es verdad.

Y cada vez que padre e hijo se acercan el volátil éste reemprende nuevamente su vuelo. Siempre el mismo vuelo lento, pausado y cadencioso. Parece un señuelo puesto por el cielo para enviscar a sus perseguidores. No le pierden de vista, pero de momento tampoco consiguen atraparlo.

Así de olmo en olmo, de espino en sembrado, y a veces en los chopos de la carretera comarcal, en la persecución rebasan el pueblo vecino, y luego otro pueblo, y otro más, hasta que llegan a la ciudad. Y el ave en cuestión se posa sobre uno de los pináculos de la catedral. Y sigue moviendo su cabecita a ritmo acompasado.

También los lugareños, en su persecución al volátil, llegan hasta la ciudad. Y llegan fatigados y ya casi sin fuerzas. Tanto que se reposan jadeantes, cansados de la persecución, a la sombra del templo catedralicio. Pero no pierden de vista aquella hermosa ave.

Y en éstas están ambos lugareños cuando un ciudadano, tratando de identificar el objeto que suscita tan atentas miradas, exclama:

¡Ay, va! ¡Pero si es una abubilla...!

Efectivamente, era una abubilla. Muy linda, la verdad, pero sólo una abubilla.

El padre, sumamente fatigado y casi exhausto, exclama:

- ¡De sobra sabía yo que aquel ave era una abubilla y que no se dejaría atrapar!, pero..., ¿Quién quita la ilusión a un hijo?

- Efectivamente, replica el ciudadano, ¿quién le quita la ilusión a un hijo? ¿Quién no ha vivido ilusiones juveniles? Por lo demás vivimos de ilusiones. Es lo que todos hacemos durante la vida: alimentar ilusiones.

¡Qué sabio era aquél ciudadano!, la verdad. Sin apenas darnos cuenta nos pasamos la vida alimentando ilusiones. Nos deslizamos por la vida atrapando ilusiones.

Como el más consumado naturalista, cazamariposas en mano, nos afanamos en perseguir por los prados tan frágiles lepidópteros. Conseguimos un lindo ejemplar de mariposa, de bellos y encan-

tadores colores, y nos ilusionamos con atrapar un segundo todavía más hermoso. Y luego un tercero, y luego otro, y otro, y otro más... Así son nuestras ilusiones.

Y así también llegamos al último tramo de la vida sin darnos apenas cuenta de que ésta es ilusión. Así al menos lo dijo el clásico. Y así transcurre nuestra existencia hasta que escuchamos a alguien que, a punto de doblar ya la servilleta y dispuesto a tomar pista, y hasta tal vez cansado de tanto traquetear por la vida, exclama:

- ¡Ay, va! ¡Pero si no es más que una abubilla...!

6. OFRENDA LÍRICA

El padre Bernardino de Siena, postulador general de la orden capuchina, en cierta ocasión me obsequia la biografía de Benedetta Bianchi Porro, *il Volto della Speranza*. Es decir, *el Rostro de la Esperanza*. Se trata de la biografía espiritual que los mismos compañeros de universidad le han preparado a Benedetta, basada en sus cartas y coloquios. Es una biografía sencilla y atrayente. Cautiva ya desde sus primeras páginas.

He de decir que la leí de una sentada. En un solo día. Casi sin respirar. Como se consume un buen plato de spaghetti. Seguramente es el único libro con el que me ha ocurrido esto en mi vida. Se trata de un libro esperanzado, transparente, luminoso. Es el transcurrir de una vida en medio del sufrimiento, pero con el gozo y la esperanza cristiana. Es la explicación práctica más certera y precisa que yo conozco del dolor humano.

Benedetta Bianchi Porro nace en 1936 en Dovádola, pueblecillo del Valle del Montone, en la Emilia Romana italiana. Pasa luego a Sirmione,

en la Ribera del Garda. Y estudia medicina en la universidad de Milán. El último año de carrera se le despierta una rara enfermedad, que ella misma se diagnostica. Se trata de una neurofibromatosis difusa que le va destruyendo, poco a poco y en medio de fuertes dolores, los centros nerviosos. Da comienzo así a su particular camino del Calvario.

La otoñada milanesa es especialmente amable. Las gentes de la Lombardía recogen sus últimos frutos. Benedetta sube a Milán. Frecuenta la facultad de medicina de la Universidad. Ya los primeros días de clase de su cuarto curso se muestra como distraída, atolondrada. Tanto que los compañeros se ríen de ella. La enfermedad ha comenzado por destruir sus núcleos auditivos. A duras penas entiende ya al catedrático.

- “Algunas veces no entiendo lo que el profesor me pregunta. Cuando levanto la cabeza veo que mis compañeros ríen. ¡Qué espectáculo doy de cuando en cuando!, dice Benedetta. Pero, ¿qué importa?”

A mediados de curso Benedetta debe permanecer en cama en la misma clínica en que estudia. Sus compañeros de clase le visitan con inusitada asiduidad. Le apoyan en sus estudios. Y ella les recompensa con coloquios espirituales. Tan sólo abandona el lecho del dolor para acudir a exámenes.

Sufre intervenciones quirúrgicas sin cuento. Y sin resultado positivo alguno. Pronto queda paralizada del lado derecho. En esta situación todavía escribe una carta:

- “Pienso qué cosa tan maravillosa es la vida (no obstante sus aspectos más terribles), y mi alma está llena de gratitud y de amor a Dios por esto. La vida, en sí y por sí, me parece un milagro. Y yo quisiera poder elevar siempre un himno de alabanza a Quien me la ha dado”.

A consecuencia de una nueva operación se le paraliza completamente la parte inferior del cuerpo, a la vez que va quedando totalmente sorda. Va perdiendo también los sentidos del gusto y del olfato. La parálisis ataca ya totalmente su cuerpo.

En 1963 ingresa de nuevo en el hospital. Y pierde completamente la vista. Parece el comienzo del fin, pero es paradójicamente el comienzo de la aventura de Benedetta. Una compañera de estudios asegura:

- “Parecía haberla invadido una gran paz: como si se sintiese completamente libre del miedo y de la angustia. Parecía que la ceguera fuese para ella un estado de gracia, un camino hacia la luz y la alegría”.

Su único medio de comunicación con el exterior es ya un hilillo de voz que le queda y una mano en la que todavía conserva un poco de sensibilidad. Con el dedo índice, y el alfabeto para mudos, consigue comunicarse con la madre y con sus amigos. En esta situación es cuando se acrecientan las visitas a la cabecera de su lecho del dolor.

- “Era una alegría fresca, inagotable. Dulcemente, misteriosamente, la joven que moría intuía los problemas, las ansias, las dudas del mundo

joven que la rodeaba. Hablaba simplemente de Dios. Y ellos sentían a Dios, junto a ella, como jamás habían conseguido sentirlo en iglesia alguna”, leemos en Época.

Decía Benedetta que existía el sol, aunque ella no lo podía ver, y que el sol era toda su vida y toda su ilusión.

Y a otro amigo suyo le escribe: “Os tengo presentes a todos. Todos tenéis lugar en mi corazón, cercanos o lejanos que estéis. Desde mi lecho yo os sigo a todos, desocupada y ociosa, y os llevo en mi corazón mientras vosotros camináis con el tiempo”.

A otro compañero suyo, también enfermo, le cuenta:

-“Antes en una silla, ahora en cama, que es mi habitación, he hallado una sabiduría mayor que la de los hombres. He hallado que Dios existe y es amor, fidelidad, alegría, certeza, hasta la consumación de los siglos. Dentro de poco yo no seré más que un nombre; pero mi espíritu vivirá aquí con los míos, con quienes sufren, y yo no habré sufrido tampoco en vano”.

El 22 de enero de 1964, la víspera de su muerte, llama a la madre y le dice:

- “Mamma, te ruego que te arrodilles junto a mi cama para dar gracias a Dios por todo cuanto me ha dado”.

- “¡No, no, no! Yo no tengo tanta generosidad”, le responde la madre.

Y Benedetta añade:

- “No, no, mamma. Dale gracias, que ha hecho en mí grandes cosas el que es Omnipotente”.

Luego dice a Emilia Betalli, la enfermera que la atiende:

- “Mañana muero, Emilia. Tú cuida de la mamma”.

A la mañana siguiente su madre todavía le sirve el desayuno. Un pajarillo tempranero, una nevatilla o aguzanieves, revolotea sobre la repisa de su ventana. Cuando se lo comunica su madre, Benedetta, que ha perdido ya casi totalmente la capacidad de hablar, comienza a cantar con voz fresca y clara la vieja romanza:

- *Golondrina peregrina.*

Emilia Batalli, sumamente impresionada, dirigiéndose a la madre le dice:

- “Señora, ¿pero no siente qué voz? Benedetta está muriendo”.

Ambas mujeres siguen el volar cadencioso del aguzanieves que se va a posar en un rosal del jardín de la casa. Y ambas constatan que en el rosal ha florecido una rosa blanca, toda ella cubierta de escarcha. Es el 23 de enero de 1964.

- “Ésta es una gran señal”, dice entonces Benedetta a la madre. Y concluye:

- “Gracias, mamma, gracias”.

Fueron éstas sus últimas palabras.

Y su espíritu vuela a un cielo de azules puros y de ángeles benditos. Benedetta cuenta tan sólo 27 años de edad. Ha concluido su carrera.

Todavía, momentos antes de morir, ruega a su madre que le lea una leyenda particularmente amada de Benedetta. Su madre le complace. Y le lee *El mendigo y el Rey*, que Rabindranath Tagore compuso para su *Ofrenda Lírica*, también conocida como *Gitánjali*.

Benedetta es ofrenda lírica, es oblación, es sacrificio y es amor. Benedetta es el rostro de la esperanza. Pero Benedetta es, sobre todo, alegría, gozo y paz en el espíritu. Y la explicación más convincente y más hermosa del misterio de la cruz y del dolor humano como sufrimiento solidario.

7. EL AUTILLO ENCOPETADO

Las noches de verano, en la huerta levantina, son sumamente plácidas y deliciosas. Con frecuencia subo a la terraza de mi convento. Me distrae observar las luces de la ciudad. Divisar los campanarios de los pueblos, diseminados por la huerta, bellamente iluminados. Escuchar los relojes dar sus campanadas desde las torres de las iglesias vecinas. Sentir cómo se extienden lentas, redondas, sonoras, por la amplia vega valenciana. Observar el entrar y salir de los aviones en el último viaje del día que declina.

Hay noches en las que cierto autillo, de plumaje pardo oscuro, me acompaña por unos breves instantes. Llega con su volar, pausado y silencioso, y se posa en un autillo de mi terraza. Otras veces aterriza en la esquinilla del caballete del tejado. O descansa sobre la cruz de la espadaña, en el punto más alto y más empingorotado del convento. Y desde aquella altura, impertérrito, impassible, recogido e inmóvil, pero siempre altivo, otea levemente el horizonte. Pero enseguida se va. Emprende de nuevo su vuelo nocturno, calmado y silencioso. Seguramente anida en los alrededores

del convento, pues se le nota ya bastante humanizado.

El autillo -no sé si lo sabes, caro lector- es la menor de las rapaces nocturnas que anidan en la Península Ibérica. Su voz en la noche resulta tristísima. Es semejante al débil aullido de lobos lejanos. El autillo se alimenta de insectos. Sus congéneres mayores, llámese búho, lechuza, cárabo o mochuelo común, se atreven con pequeños roedores de las huertas vecinas. Al autillo, en cambio, no. Su valor no le presta para tanto.

De todos modos tengo la impresión de que dicha ave nocturna no padece complejo alguno de inferioridad. Ni creo sufra tampoco depresiones. Ni mucho menos. Al contrario, recientemente le han salido como dos orejas, levantadas, peludas y cubiertas de plumón. Para mí, que este hecho es una señal clara de su autosuficiencia. Cuando está alerta tiran del bicho hacia arriba. Y esto le otorga al animal una apariencia como de persona seria, mayor; como de gente importante, vamos.

Últimamente hasta le está apuntando ya un lindo copete. Como de autillo encopetado. ¡Ah!, y parece muy, pero que muy altanero y engreído. Tiene desplantes de ave rapaz de porte solemne.

Cuando lo contemplo -ya digo que siempre muy levemente- sobre la espadaña de la iglesia, no sé por qué, pero me da la impresión de que tenga ínfulas de mochuelo, búho o cárabo común. Presenta hechuras de animal mucho mayor de lo que realmente es. Aparenta, así ahuecado y

relleno, como si quisiera llegar a ser búho real. Y de día a día parece crecerle la autoestima.

Yo creo que se pone hueco y solemne, como predicador en púlpito catedralicio, para impresionar. Pero no deja por esto de ser, es, un simple autillo mínimo y vanidoso. ¡Ah, eso sí! Mientras otea en la noche desde lo alto de la espadaña de mi convento, hablar no habla, pero está muy, pero que muy atento. Pensar no piensa, como dice mi amigo Luis, el de la María, que conoce los hechos, ¡pero, eso sí, se fija más...!

Ignoro la razón pero yo creo que a este autillo le han halagado excesivamente su autoestima y suficiencia. Y lo han estropeado. Le han hecho un petulante, pretencioso y presumido. Lo han convertido en un autillo engreído, encopetado. Es decir, lo han convertido, como vulgarmente se dice, en un chulo tonto.

Esto suele pasar también con harta frecuencia a ciertas personas. Es decir, suele suceder cuando se mete una idea grande en un cerebro pequeño y chico. Pues tengo para mí que no hay nada tan peligroso como introducir una idea grande y luminosa en un cerebro estrecho y liviano. Generalmente arpa cerebro y persona.

Lo observamos en ciertos individuos, ya digo, de personalidad débil. Les han metido una idea grandiosa en un cerebro diminuto y esto les ha vuelto mentecatos, rinocerontes, unicornios. Siempre recto y de frente siempre. Encopetados, impertérritos y egoístas. Más que pensar, cosa que para dichos individuos resulta poco menos

que imposible, envisten. Y esto les convierte en seres individualistas, herméticos. Y cerrados como moluscos gasterópodos. Resultan sumamente peligrosos.

Siempre hablan en tono mayor. Sentencian siempre. ¡Ah!, y carecen de marcha atrás, como le ocurría al antiguo biscooter. Hacen, como el autillo encopetado, vida nocturna y solitaria. Son insociables y refractarios. Todo se les va en plumaje y apariencias. Se pavonean, pero no consiguen salir de simples autillos.

El ave en cuestión, es decir, nuestro autillo encopetado, siempre tuvo la autoestima, como la tensión, demasiado alta. Pero nunca consiguió llegar a ser búho o mochuelo de olivo. Ni siquiera cárabo común o lechuza de iglesia o de ermita.

Nuestro simpático autillo encopetado murió una noche de luna llena. Pero murió, el pobre, solo y sin confesión. Y, por supuesto, murió abandonado de todos. Pero murió arrogante, como arrogante fue siempre su paso por la vida. Pues ni siquiera en la hora suprema de la muerte le abandonó su autoestima y suficiencia. Nadie le cantó en su funeral. Y, por supuesto, nadie le acompañó tampoco en su entierro.

¡Nadie!...

¿Dónde fueron a parar sus restos mortales, luego de su breve paso por la vida?

Nadie lo sabe.

Tampoco nosotros lo sabemos. Pero, como asegura Álvaro de la Iglesia en su *Testamento Literario*, “lo cierto es que en el cielo no hay almejas”.

8. SOBRE LIBROS Y OTRAS ZARANDAJAS

Mis carísimos lectores: Paz y Bien.

Casualmente entré ayer en una gran área comercial. Vendían de todo, incluso libros para niños que aún no han aprendido a leer. Y también casualmente -¡oh, maravillas de la Divina Providencia!- me topé con dos rapazuelos que hojeaban un librito de cuentos, mientras su mamá curioseaba ropas en un stand vecino. En esto que nos coge a todos la hora, como en la obra de Quevedo, y la mamá a entrambos por la mano, y escucho a la buena señora que les dice en tono recriminatorio, mientras les conduce a la puerta de salida:

- «¡Si no me importa que compréis libros! ¡Lo que sí me importa es que luego perdáis el tiempo leyéndolos!»

Otra señora, que terció en el camino y en el diálogo y que, como la burra de Balaam el bíblico, habló sin preguntarle, remachó la sinrazón de su

vecina de compras con otro argumento, en nada inferior al anterior:

- «Diga que sí, señora. Que mis hijos no saben de letras y bien gorditos que se me crían».

¡Toma del frasco, Carrasco!, me dije para mis adentros. Que aquí las sentencias circulan de dos en dos, y por parejas, como los miembros de la guardia civil. Y, ¿dónde las habrán aprendido? ¡Qué cosa más rara! ¡Como no haya sido en alguno de esos recetarios sobre el arte de cocinar percebes...! Y todavía me seguí preguntando ¿no será que los libros, como señoritas de spots publicitarios, son tan sólo adorno de bibliotecas? E inconscientemente, lo confieso, me vino a la mente la conocida fabulilla de don Tomás de Iriarte *El ricote erudito*. Y también me alejé tarareándola: «Hubo un rico en Madrid (y aún dicen que era más necio que rico)...»

Mis caros lectores. ¡Con lo útiles que son los libros! ¡Todos ellos! De su provecho afirma Mark Twain: «que son de un valor inestimable, pero vario. Un libro en piel, dice, es excelente para afilar la navaja de afeitar; un libro pequeñito, conciso, como saben escribirlo los franceses, sirve de maravilla para que la pata más corta de una mesita asiente; un libro grueso, como puede ser un diccionario, es un estupendo proyectil para gatos; finalmente un atlas, con sus grandes hojas, tiene el papel más apropiado para cristales de ventana».

Ignoro si mis dos anteriores señoras desconocían el inestimable valor de los libros, según Mark Twain. De lo que sí estoy plenamente convenci-

do es de que en más de una ocasión los habrán utilizado -¡eh aquí otro buen servicio que prestan libros y periódicos!- para encender el fogón. Que el libro es siempre luz del mundo, al menos en estas ocasiones. Que tal vez por esto Domenico Michelino, en la catedral de Florencia, dibuja al Dante con la *Divina Comedia* en la mano, iluminando la bella y artística Ciudad de las Flores.

Mis caros lectores, la gama de los libros en cuanto a temática, tamaño, encuadernación y precios se refiere, es casi infinita. Por lo que, a la hora de regalar un libro, no resulta nada fácil acertar con los gustos del posible lector.

Hace ya algunos años una madre entró, ignoro si por equivocación o no, en la Feria del Libro. Y tuvo la irresistible tentación de comprar uno y regalárselo a su hijo de apenas doce abriles. Pero como en esto de elegir no siempre se cuenta con el acierto necesario -ni siempre acompaña la Divina Providencia, que todo hay que decirlo- la señora en cuestión eligió uno muy lindo de bolsillo. Lucía encuadernación rojo corinto, y con los cantos dorados por más señas. Su autor, Giovanni Boccaccio. Su título, *El Decamerón*. Título y autor que a la buena señora -¡bien lo sabe mi buen Dios!- nada le decían, aunque le sonaban bien.

Además -se explicaba dicha mamá después-, ¿quién dijo que los libros se escriben para que los lean los humanos? Por otra parte, ya se lo había dicho a ella el librero: «Aquél era, eso, un libro de bolsillo». Para un analfabeto funcional, vamos.

O en todo caso para un posible no lector, como pudiera serlo entonces su hijo.

¡Con lo miradas que son las señoras en esto de hacer compras: precio, color, medida, utilidad, servicio, confección, moda...! Y, si de comprar un libro se trata, o no lo compran o lo hacen a ojo de buen cubero. Imagínenselas mis lectores si no en una tienda de zapatos. ¿Y no habrá que mostrar tanto interés -vamos, digo yo- para calzar el cerebro como para calzar unos pies?

Otro día, amados lectores, se me ocurrió regalar un libro, hijo muy querido de mis sudores. Confieso, ¡ay, con dolor!, que en esto de obsequiar jamás fui demasiado afortunado. Cuando a las pocas fechas me topo con la persona obsequiada ésta me dice: «el librito está muy bien, pero a mí me dé otro con letras más grandes». Por ello intuí enseguida que el libro estaba bien, pero sólo de color, y que no le había hincado el diente. Vamos, que le ocurría algo así como al submarino aquel del que decía el bueno de Gila: «De color está bien, pero no flota». Me lo cambie, me dijo la interfecta.

Sin embargo en nuestra noble España, ¡quién lo diría!, circula un amor, un gran amor, me atrevería a decir que hasta un amor desordenado por los libros. Testigo, nuestro patrimonio cultural por cuanto a libros, bibliotecas, archivos y demás zarandajas adornados con signos gráficos se refiere. Incluso pasa ya de boca en boca, como cafeterita de mate de mano en mano, el proverbio aquel, que juro que no es chino, pero que bien lo pare-

ce: «No se sabe bien quién es más tonto, si quien presta un libro o quien lo devuelve».

El hecho es que algunos de mis ejemplares - ¡ay, pecador de mí!- salieron de mi archivo particular para ir a ver mundo, por obra y gracia de no se sabe bien quién. Cuando me di cuenta y quise atraerlos a su antigua mansión comencé a recitarles el soneto de Lope: «Suelta mi manso, mayoral extraño...». Pero ni por esas. ¡Qué va! ¡Faltaba ya sal en mis manos! Ni siquiera el interfecto recordaba ya a su vez dónde habían ido a parar.

Posteriormente he insistido, con ocasión y sin ella, como aconseja Pablo a Timoteo. Todo inútil. Aquellos ejemplares de mis amores... tienen patas o tienen alas. En todo caso tiempo suficiente han tenido como para que les saliesen ambas extremidades tan grandes como a Ícaro. Y, desde luego, han debido de hacer ya bastante camino y supongo que algún que otro vuelo. En todo caso convencido estoy de que, como las golondrinas de Bécquer, «esas... no volverán». Al menos, y luego de tan larga ausencia, no es fácil que reconozcan ya el camino de retorno a la casa paterna.

¡Oh, perdón por mi juicio atolondrado, mis caros lectores! Pero sí, me parece columbrar que están llegando restos de algunos de ellos. Llegan como retazos de ejército tras la más encarnizada de las batallas. Vuelven más desvencijados que acordeón de feriante. Y más sobados que fuelle de ermita. Y no precisamente por el uso, no. Como la levita del domine Cabra, del *Buscón* de Quevedo, al trasluz parecen milagrosos, ya que no se me

da barruntar siquiera su primitivo color, tapizados como vienen de tan brillantes guarniciones de grasa. ¡Tanta que ni han respondido a mi saludo de bienvenida! En todo caso bienvenidos sean ellos. ¡Que más vale tarde que nunca!

En fin, estimados lectores, que entre nosotros, ignoro si por tomar a la letra la sentencia de San Francisco: «Quien no tenga letras que no se cure de adquirirlas», o simplemente por cachaza y demás aditamentos de dama pereza, lo cierto es que no navegamos en la alta mar de la cultura. El nuestro no pasa de ser un mar interior. Para navegar por casa y poco más.

Y como con los libros nos sucede con las bibliotecas, su habitáculo natural. Que haberlas haylas. Nos ocurre un poco como al estudiante aquel que se pasó la vida aprendiendo idiomas y, al final de sus días, se percató de que lo que le faltaba eran las ideas. A nosotros nos faltan lectores y el bibliotecario.

¡Ah!, se me olvidaba. No sé si os he dicho ya que los libros sirven también para leer. Que ayudan a la reflexión. Que ilustran el entendimiento, la más noble potencia del hombre. Que son los amigos más leales y sinceros. Que prestan el más noble de los servicios. Que ahorran infinidad de cumplimientos inútiles. Que son sinceros a carta cabal. Y que hasta resultan de lo más económico. Singularmente si se piden prestados y luego no se devuelven, claro...

Ya sé que en épocas pasadas el peligro lo constituían más bien los lectores. Que el tiempo y el

silencio invitaban a ser ratones de biblioteca. Y que había que hacer casi milagros para conseguir que se nos prestase un ejemplar.

Hoy no se pone cortapisa alguna a la lectura. Hoy el peligro no lo corren los libros, bibliotecas, archivos y otras zarandajas adornadas con signos gráficos. Ignoro si por culpa de la excesiva movilidad de las personas, o por el necesario tributo a una cultura de la imagen, o por vivir en el aturdimiento del ruido y para el ruido, en una época de prisas, velocidad y vértigo... Lo cierto es que hoy generalmente no corren peligro alguno los libros.

- ¿Y los llamados ratones de biblioteca?

- Pues... tampoco.

9. EL PERIQUITO Y LA COTORRITA

Ave María Purísima!

Mira que son lindos y simpáticos estos animalitos. Aparentan ser más humanos que los mismos humanos. Pues..., no hay modo ni manera alguna de conseguir que vayan dos de ellos de acuerdo.

Precisamente atraído por su belleza y encanto me llego un día a la Plaza Redonda de Valencia y adquiero uno de esos periquitos. Es una delicia. Pero apenas he conseguido que hable. Más bien, digo, que mastique alguna que otra entrecortada palabra. Y lo tengo en una jaulita allí en el pasillo. A la puerta misma de la capilla.

Pero, ¡oh, hados benéficos!, ¡oh, providencia divina! Cierta día, en que la señora de la limpieza distraídamente se deja abierto el balcón, se cuelga dentro una cotorrita. Ignoro si forzó el pensil dorado de nuestro periquito, pero he aquí que cuando acudo a la oración de la tarde me encuentro a entrambos juntos dentro de la misma jaula.

Con el tiempo y la convivencia (a ratos turbulenta, algunas veces pacífica) ambos animalitos consiguen aprender alguna palabreja más, que siempre sueltan a destiempo y a toda prisa. Eso sí, un tanto ceceantes ambos. La dichosa cotorrita se cree *peritus in omni re scibili*. Y no calla ni a sol ni a sombra, ni de día ni de noche.

Pero hete aquí que uno de los días en que acudo a la oración de Vísperas me encuentro con la desagradable sorpresa de que la cotorrita, con aviesas intenciones, porfía en meter por la fuerza, claro está, la cabeza del periquito en la pileta del agua. Y escucho claramente:

- ¡*O dius Ave María Purísima o t'aufegue!*

¡Santo Dios!, me digo. Estos animalitos no llegan a las manos. Ahora bien, ¡lo que es a los picos y a las patas...! Y hasta me temí lo peor.

¡Vamos, que son como demasiados humanos!...

Pero lo bueno es que en días sucesivos se fue repitiendo la misma escena. El periquito que no memorizaba el Ave María Purísima. Y la cotorrita que tampoco entendía que su compañero de jaula no aprendiese ni por esas. Supongo que la frase la memorizó la cotorrita de tanto oír a los religiosos el rezo diario del santo rosario.

Ni qué decir tiene que hube de verme privado de ambos animalitos, pues sus relaciones sociales se iban deteriorando a ojos vistas. De día en día iban de mal en peor.

Cuando me desprendí de ambos, ay con harto dolor por mi parte, el periquito, por supuesto (ignoro si por testarudez o por seguir erre que erre), pero en modo alguno había aprendido a decir Ave María Purísima. Pero la cotorrita..., la cotorrita he de decir que murió, la pobre, repitiendo estas mismas palabras en su boca. O por mejor decir, en su corvo pico. Fue la idea obsesiva de toda su vida que, a falta de otras mayores, la llevó al sepulcro.

Mira que los animales son como las personas. No hay modo alguno de conseguir que dos de ellos vayan de acuerdo.

Nada, que entrambos animalitos murieron enrocados y en sus trece. Como el Papa Luna en Peñíscola, vamos. El periquito, que no aprendió a soltar un Ave María Purísima ni por esas. Aunque fuera a toda prisa y un poquito ceceante. Y la cotorrita, en cambio, murió la pobre repitiendo, como si le naciera de lo más profundo de su misma esencia, el *¡Ave María Purísima!*

10. LAS VIOLETAS DE LA FAROLA

Las madres carmelitas han edificado un lindo monasterio en las estribaciones de la Sierra Calderona. Allí, en el paraje llamado Rodeno de Peña, en el poblado de Serra (Valencia), han levantado su nuevo palomarcito. Han limado un pequeño otero o loma y, sobre la misma, han plantado su bello convento. Ha sido inaugurado a principios del presente siglo. El edificio, de ladrillo cara vista, orientado al sol naciente, luce sencillo, sobrio, con las mejores vistas a un Mediterráneo feliz.

Cada amanecer, desde las ventanas de las celdas conventuales, se puede otear toda la azulada bahía de la Ciudad del Turia. A vista de pájaro, los días claros, fácilmente se abarca con un golpe de vista desde la ciudad de Sagunto hasta el cabo de San Antonio, en Alicante, y aún más allá.

A la plazoleta del santuario se llega por una serpenteante carreterilla, rodeada de pinos e iluminada de farolas, que facilita el acceso. Las madres carmelitas han rodeado la plazoleta de jardín y de árboles jóvenes, que algún día serán las delicias

del monasterio. Con los pinos del lugar han plantado algún que otro cedro y abeto, cipreses, tullas y olivos, y arbustos varios de ornamentación.

Una hermana cuida árboles y jardines con mimo verdaderamente maternal. Por goteo, y casi diariamente, les suministra su correspondiente lote de agua y nitratos. Yo frecuentemente me deleito en mis paseos por la plazoleta del monasterio. Y lo que mayormente cautiva mi atención no es la encantadora grandeza del lugar. Ni siquiera la señorial belleza del santuario. Lo que atrae mi atención es una matita de humildes violetas que, a la sombra de la iglesia conventual, puja por sobrevivir. Ha brotado espontánea en el cascajillo, entre el asfalto de la plazoleta y la acera del monasterio, al abrigo de la farola nueva.

Tan pobre, sencilla y humilde mata de violetas (humildad y fortaleza diría D. Antonio Machado) que ni la hermana jardinera del convento ha caído en la cuenta de la vida oscura que arrastra la planta. El testero de la iglesia la resguarda a ratos del sol. A ratos también la farola la protege de los coches que aparcan en la plazoleta. Y asimismo, en ocasiones, le libra de ser atropellada por los niños en sus juegos infantiles. Y a veces también le ofrece algo de sombra que le mitiga del sol canicular. De ese sol tórrido que en el estío raja las piedras mismas de la serranía, y que le hace la vida más agradable y llevadera.

La matita de humildes violetas no recibe otra agua sino la de la escasa lluvia pluvial. Las otras plantas diariamente reciben por goteo la nece-

saria. Pero lo que más me maravilla es cómo el humilde hacecillo de violetas, aferradas a la farola y a la vida, van pasando los años. ¡Ah! y anualmente también, apenas entran los primeros días de marzo, la humilde mata de violetas abre al sol naciente un ramillete de flores malvas. Acurrucaditas y diminutas, sí, pero preciosas. Es la expresión de amable gratitud de la naturaleza por la farola. Es el florero de la farola, al que gratuitamente ofrendan su mejor aroma. Es el reconocimiento a favores que aquella le otorga en su lucha por la vida.

Pero apenas llega abril la mata de violetas poco a poco va perdiendo su vigor primero. Caen mustias sus flores malvas. Lentamente la plantita se va encogiendo y arrugando. Y allí, escasamente en vida, soporta con estoica fortaleza los rigores del duro verano, las inclemencias otoñales, y los fríos del crudo invierno. En la próxima primavera podrá ofrendar nuevamente sus flores, humildes, fragantes, al peregrino que se llega al monasterio. Es la lucha por la vida. La matita de humildes violetas es todo un ejemplo de humildad y fortaleza.

Pinos, cipreses y abetos constituyen la vida y el progreso del monasterio. Escriben la historia del santuario con mayúsculas. La humilde mata de violetas, las violetas de la farola, no. Son tan sólo un suspirillo de su intrahistoria más profunda. Perfuman escasamente la plazoleta del santuario durante unos días. Vierten levemente su aroma al ambiente. Hacen más respirable la vida del santuario carmelitano.

La mata de violetas es esa nube inmensa de gentes humildes, sencillas. Que nadie conoce. Que ni son ni serán famosas algún día. Gentes que viven y mueren en el más completo anonimato. Que no han nacido para hacer historia. Que no escriben la historia. Pero que colaboran a perfumar la vida, a hacerla más amable, más dichosa y más feliz. Que apuntan en la primavera y desaparecen al llegar la Cruz de Mayo. Que existen duramente aferrados a la tierra, sí, pero que dan vida y color al duro y monótono vivir.

También este año la mata de violetas de la farola ha vuelto a florecer a principios de marzo. Luego de los últimos fríos invernales. Como cada año me recuerda la humildad y fortaleza. Su vida, como en años anteriores, seguramente será breve y dura. Pero hoy bajo más contento del monasterio carmelitano de Serra, Valencia. Allá en la plazoleta del santuario hay perfumes nuevos. La humilde matita de violetas esta primavera ha tenido la suficiente fuerza y vigor para florecer una vez más.

Su desarrollo duro y trabajoso me ha recordado a San Pablo que -dice- suple en sus carnes lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia. Y me ha traído a la memoria el pensamiento conciliar de que, con la libre aceptación de los trabajos y desgracias de la vida, ayudamos a completar lo que falta a la pasión de Cristo.

Gracias a quienes, desde su humildad y fortaleza, trabajan en la lucha por la vida, en el aferrarse

a vivir, en el respeto por la vida, en crear intrahistoria, por más que los demás no percibamos su presencia permanente y su leve perfume.

En la grandeza de su ser y de su vivir, en la grandeza incomparable de su humilde existencia, las violetas de la farola del monasterio carmelitano son el signo y el testigo más permanentes de la lucha por la vida. La matita de humildes violetas de la farola me ha transmitido un pensamiento:

Que donde el Señor ha tenido a bien plantarme, allí tengo que florecer.

11. EL GORRINILLO GRUÑÓN

Conservo un buen amigo desde mis tiempos estudiantiles. Le llamábamos entonces Felisín. Y con Felisín se ha quedado para siempre. Está ya retirado. Es un tanto reviejo y acartonado. Bueno, acartonado y reviejo yo creo que lo fue casi desde su nacimiento. Y es bastante socarrón. Bueno, esto lo fue siempre también. Posee una finquita en la pradera de la Quintana, al pie del monte. Y en ella ha puesto una granja de tipo familiar. En ella distrae su vejez y muchas, muchas horas del día.

En algunas ocasiones me ha enseñado su granja. Le envuelve una gran satisfacción el mostrármela. Y aprovechamos para charlar un rato. Recordamos tiempos juveniles. En ocasiones hasta hacemos incursiones en los terrenos de la filosofía. Para qué decir, mi amigo Felisín es el clásico campesino, de palabra fácil y agradable, que sabe un poquito de todo.

Hace ya algunas fechas me invitó a pasar el día en su finca.

- Tienes que venir, me manifestó con insistencia. Te divertirás un montón. Verás qué cosa más curiosa. Tengo un gorrinillo gruñón...

- Iré, sí. ¡Cómo no! Claro que iré.

Acepté obviamente, pues, la insinuación del amigo. Y ayer mismo di cumplimiento a su amable invitación.

Y, la verdad, he de decir que tiene su granja bastante apañadita y organizada. Y la finquita, muy bien cuidada también. De la ladera del monte, de robles y carrascas, desciende un hilo de agua cristalina que brota de la misma piedra berroqueña. El regato abastece los abrevaderos del ganado vacuno y de un reducido hato lanar que tiene. Ha puesto sus cercados para el pasto. Tiene en un recinto aparte los corderitos para destetar. Les echa unos zamanzos de olmo. Y los borreguillos triscan y se divierten mordisqueando la hoja seca.

Pero el objeto de la invitación es mostrarme una lechigada de gorrines que le ha dado una cerda del país. Se le crían guapos, hermosos, lustrosos, la verdad. Tan sólo uno de ellos, según mi amigo -y yo doy fe del hecho-, precisamente el más pequeño de todos, se le cría un tanto rebelde y bastante raquítico. La verdad, se desarrolla un poquito esmirriado. ¡Qué se le va a hacer! ¡Esto ocurre hasta en las mejores familias!

Mira, me dice Felisín, como es el más pequeño lo cuido al que más. Para mamar lo pongo en las tetas delanteras. Pues no señor, enseguida

las abandona y empieza a gruñir. Merodea de un lugar para otro. Muerde a los demás. Molesta a la madre. Ésta se levanta y la camada, que se queda a medio mamar, cómo no, se enfrenta al causante de tamaño desaguisado.

- Sí, claro, le advierto a mi amigo. Pues a nadie que vaya a coger miel se le ocurre dar puntapiés a la colmena.

- Pues mira, a éste sí.

- No puede ser, se sigue lamentando mi amigo Felisín. Está marcado con el signo de la contradicción. Es el que más gruñe, y al que la manada hace el menor caso. Es el que más chilla, pero el que menos razón tiene. Se desgañita, y nadie le escucha. En fin, ni entiende ni atiende. Parece poner sus razones en sus gruñidos. ¡Es un gorri-
nillo más gruñón...!

- ¡Ya...! Pero esto ocurre en cualesquiera grupos sociales, le advierto. Hay individuos marcados con el signo de la contradicción. No hay vez que no tomen el tren en la dirección opuesta. Conducen siempre en sentido contrario. Y su primera intervención a su entrada en una reunión suele ser para preguntar: ¿de qué se trata, que me opongo? Por llevar la contraria (reconozco que en este punto exageraré un poco) hasta suelen tomar el consomé en plato de postre y las nueces, en taza. Son la eterna excepción y una perenne contradicción. No hay modo de que hagan grata y pacífica la diaria convivencia.

- Pues, sí. De esa misma especie parece ser este gorrinillo gruñón, me responde Felisín. Que acude la manada a beber al regato. Pues éste, el primero y arriba. Mete las pezuñas y enturbia el agua. ¡Ah!, y por supuesto, ni bebe ni deja beber. Vamos, que ni come ni deja comer, como el perrillo del hortelano. Recibe constantes hocicadas de la manada y hasta se llega a hacer odioso. Vive en un eterno aparte. Vive completamente despistado. ¡Para qué te voy a decir...!

Lo bueno es que intenta, por todos los medios a su alcance, agradecer y hasta hacerse agradable. Pero, no sé qué tiene que no lo logra. No, señor. Cuanto más lo intenta menos lo consigue. Desorientado siempre, nunca sabe a qué carta quedarse.

- Los otros, en cambio, me asegura Felisín sin darme siquiera opción a intervenir, hacen cama-da. Son pacíficos, viven tranquilos y crecen lustrosos. Si algo les desagrade, callan, soportan y transigen. Viven y dejan vivir. Éste no, de ninguna de las maneras. Todos los males le caen encima. Y concluye su perorata con rostro de estupefacción y los brazos en jarras:

- ¡Yo no sé que tienen los gitanos que todos los perros les ladran...!

- Sí, respondo a mi amigo. Estos últimos, en cambio, son fieles a lo que en nuestros años de estudio nos aconsejaba el padre Machaca: “Como el almendro florido / has de ser con los rigores; / si un rudo golpe recibes /suelta una lluvia de flores”. Sí.

- Y que completaba con otra sentencia, ¿no sé si lo recuerdas? -creo que era de Confucio- y que decía: “Imita al sándalo, que perfuma el hacha que le hiere”.

En éstas disquisiciones estábamos mientras mi amigo iba dirigiendo amorosamente la manada hacia unas matas del monte, que no sabría decir si eran de roble o de alcornoque. Y, mientras sus hermanos de camada hozan alrededor de unas carrascas en busca de alguna que otra bellota perdida, nuestro pequeñín se entretiene en mirar los árboles y en gruñir al sol.

- De seguro que hoy tampoco come, me dice Felisín.

- Seguro, le contesto. Pero, mientras esté gruñendo al sol, por lo menos permite a los demás poder disfrutar tranquilos en pacífica convivencia.

- Claro, claro. Es la excepción y no consigue darse cuenta de esto.

Con mi amigo Felisín pasé la mañana. Y también la tarde. Y con la fresca brisa vespertina, y ya casi al anochecer, retorno a mi dulce hogar. Vuelvo reflexionando:

- ¡Mira que es compleja la sociedad humana! Hay en ella quienes nacen bajo el signo de *eros* y son amables, expansivos, pacíficos, cordiales. Hacen grupo social y humano. Otros nacen con el signo de *athanatos*, y son altivos y arrogantes, gruñones y esquivos. Fanfarrones hasta decir basta. Hacen ostentación de valentía para cubrir

su innata timidez. Siempre desorientados y descontentos. Se llegan hasta a hacer odiosos. Y esto sin quererlo ni pensarlo.

Vamos, que son como el cerdito gruñón que le ha salido a mi amigo Felisín.

12. ALEGRÍA DE UN POBRE

Las bienaventuranzas las proclama Cristo allá en la Galilea, frente al mar de Tiberíades, y desde lo alto del monte. Y constituyen el código de la vida religiosa. Es decir, que el religioso amigoniano debiera vivir las parábolas de la misericordia en servicio a los jóvenes extraviados y con el talante de las bienaventuranzas.

Bienaventurados los pobres,... los sufridos,... los que lloran,... los perseguidos,... predica Jesucristo. Y San Mateo añade, por causa de la justicia. Esto le da pie a Lázaro de Tormes para no dudar de que sus padres, -que muchas veces fueron perseguidos por la justicia por las continuas sisas o sangrías que hacían en los costales para la molienda- estarán gozando en el Reino de los Cielos.

El caso es que no resulta fácil explicar el texto de las Bienaventuranzas. Yo siempre he tenido para mí que la mejor glosa y comentario nos lo ofrece el texto franciscano sobre la perfecta alegría. Así nos lo presenta el *Libro de las Florecillas*,

que lo toma de la *Verdadera Alegría*, del hermano Leonardo de Asís:

“Cierta día, el bienaventurado Francisco, estando en Santa María de los Ángeles, llama al hermano León y le dice:

- Hermano León, escribe. Este le responde:

- Ya estoy listo.

- Escribe, le dice, cuál es la verdadera alegría:

Llega un mensajero y dice que todos los maestros de París han venido a la Orden. Escribe: No es verdadera alegría.

Y también que han venido a la Orden todos los prelados ultramontanos, arzobispos y obispos; que también el rey de Francia y el rey de Inglaterra. Escribe: No es verdadera alegría.

Igualmente, que mis hermanos han ido a los infieles y han convertido a todos ellos a la fe. Además, que he recibido yo de Dios una gracia tan grande, que curo enfermos y hago muchos milagros. Te digo que en todas estas cosas no está la verdadera alegría.

Pues ¿cuál es la verdadera alegría, Padre?

Vuelvo de Perusa y, ya de noche avanzada, llego aquí; es tiempo de invierno, todo está embarrado y el frío es tan grande, que en los bordes de la túnica se forman carámbanos de agua fría congelada, que hacen heridas en las piernas hasta brotar sangre de las mismas.

Y todo embarrado, helado y aterido, me llego a la puerta; y, después de estar un buen rato tocando y llamando, acude el hermano y pregunta:

- ¿Quién es? Yo respondo:

- El hermano Francisco. Y él dice:

- Largo de aquí. No es hora decente para andar de camino. Aquí no entras.

Y, al insistir yo de nuevo, contesta:

- Largo de aquí. Tú eres un simple y un paleta. Ya no vas a venir con nosotros. Nosotros somos tantos y tales, que no te necesitamos.

Y yo vuelvo a la puerta y digo:

- Por amor de Dios, acogedme por esta noche. Y él responde:

- No me da la gana. Vete al lugar de los cruciferos y pide allí.

Te digo: si he tenido paciencia y no he perdido la calma, en esto está la verdadera alegría, y también la verdadera virtud y el bien del alma”.

Y finaliza el Santo Padre:

- “Escucha la conclusión, hermano León (y concluye el Santo el capítulo octavo de *Las Florecillas* al modo de las bienaventuranzas): Por encima de todos los dones del Espíritu Santo está el vencerse a sí mismos y sobrellevar gustosamente por amor de Cristo Jesús, penas, injurias, oprobios e incomodidades. Porque en los dones de Dios no podemos gloriarnos. Sólo en la cruz de la tribulación y

de la aflicción podemos gloriarnos, ya que esto es lo nuestro; por lo cual dice el Apóstol:

- No me quiero gloriar sino en la cruz de Cristo”.

Para Cristo, y para su fiel seguidor Francisco, es evidente que sin dolor no hay bienaventuranza perfecta, ni sin muerte hay resurrección. Quien no sufre no puede entender el indecible gozo que inunda el alma luego de ido el sufrimiento.

¿Cómo es posible que en el primer mundo alguien pueda tener baja la moral y se instale en él la enfermedad de la depresión? Sencillamente, porque ya no se soporta ni el atisbo de dolor siquiera. Y donde no existe atisbo de dolor no puede haber gozo perfecto. Ya decía Severo Catalina que “la vida que no derrama una sola lágrima es como un desierto en el que no cae una sola gota de agua, sólo cría áspides y víboras”.

A un pobre, a un franciscano, con un bocadillo de mortadela se le sube la moral, escribía Manuel Alcántara, vive feliz y gozoso, está contento.

Yo he podido comprobar, tiempo atrás, que gozaban de mayor felicidad los jóvenes de los reformatorios que los jóvenes seminaristas. ¿Por qué, me preguntaba? Sencillamente, porque el seminarista está totalmente protegido, no tiene la experiencia del dolor, y no goza luego de pasado el temporal. El joven de nuestros reformatorios, luego de la experiencia del dolor, con un poco de paz y de seguridad, otro poco de amor por parte

de sus profesores, y el tiempo que todo lo borra,... vive feliz.

Los jóvenes con escasas luces intelectuales generalmente, he podido observar, suelen vivir más felices que los bien formados. ¿Por qué? Pues seguramente porque no tienen ni historia ni la perspectiva del futuro. Ni han visto, ni ven, ni, por consiguiente, prevén. En tal caso ni tienen memoria del pasado, ni son capaces de barruntar el probable futuro que les espera. Y viven felices.

Les ocurre como a los irracionales, a los inocentes o a los insensatos. Viven felices en su medio. Al carecer de historia y de perspectivas de futuro, viven gozosos el presente en su propio medio. A una pareja de bueyes simplemente con un saco de hierba fresca les da usted la felicidad. Es su única aspiración. Experimentan colmadas todas sus aspiraciones. Y ellos se sienten felices.

Sin sufrimiento, pues, no hay alegría perfecta; ni sin dolor, gozo pleno; ni sin muerte, resurrección. Que ya lo dije no sé quién hace tiempo. Esta es, creo yo, la esencia de las bienaventuranzas evangélicas.

13. LA ZORRA Y EL AZOR

Los hechos hace ya muchos, muchos años que ocurrieron. Se trata de un pueblecillo de montaña. Su clima, de siempre, es húmedo y dulce. A menudo baja la niebla y cubre el Cinto. Es una niebla persistente, pegajosa, suave, azul. Entonces el cielo se pone como gris e invernizo. Y, al amanecer, las gotas de rocío cuajan como perlas líquidas sobre el verde otoñal de las eras. Las chimeneas de las casas vomitan humo negro sobre los oscuros tejados. Éste se eleva sobre el caserío en tirabuzones ascendentes, fielmente perpendiculares. Se eleva como plegaria intermitente de ciego. Y la aldea se despierta en calma.

La Bibi es una chica del pueblo frescachona y garrida, y muy, pero que muy hacendosa. No hay moza de la aldea que la siga en el trabajo. Se acuesta bien entrada la noche y se levanta a la primera luz. Por la mañana pronto se calza sus zuecos de madera, que en Castilla llaman albarcas. En seguida echa las aves y abre sus palomas. Y luego, con un balde de ropa al costado, se llega a la poza del río a lavar su colada.

Sale de casa llamando a su grupo de volátiles: ¡Pitas, pitas, pitas!.. Y todavía llega al río a lavar antes de que sus gallinitas alcancen la camera de la era.

Vive con su padre y un hermanillo menor que ella. Habitan una casucha de las afueras del pueblo. Y gozan de la compañía de un perro de caza que acompaña a los hombres en sus tareas campesinas. Y hasta avisa de la llegada al pueblo, entre dos luces, de algún desconocido viandante.

La Bibi, en una especie de desván de su casa, ha puesto unas palomas. Para el gasto de la casa, claro, como ella dice. También a éstas les abre pronto la portilla del palomar para que, ya a primeras horas del día, se larguen a buscar su ración de cereales y comuñas. Sus delicias son las pequeñas semilla de yeros, francos y titarros, que abundan en el otoño luego de barridas las eras. Es una buena manera de economizar pienso, considera la Bibi.

- Pero no siempre a quien madruga Dios le ayuda, le dice con frecuencia Laures, el chico de la María.

- Ni por ser más perros a ladrar amanece más temprano, le responde a su vez Edesio, el leñador.

Lo cierto es que a la Bibi le va mermando a ojos vistas su grupito de volátiles. Ignora la causa. Tampoco sabe a ciencia cierta a quién echar la culpa.

- ¡Si será Laures, el pastor -se dice para sus adentros- que se levanta temprano a echar el pantalón en el camino de los muladares!...

- O a lo mejor es Juan, el mulero, que sale muy pronto con la mula tordilla a sus quehaceres agrícolas...

La verdad es que en días brumosos cierta vulpeja se apuesta en el regato que corre junto a la tapia de la huerta grande. Se acurruca bajo unos jarales y, cuando las gallinas de la Bibi bajan a beber o escarbar al charcón, le echa enseguida la mano, o por mejor decir, la zarpa a la más lustrosa de ellas. Y se la lleva a la arrén cercana para disfrutar allí de su tranquilo desayuno.

Ya lo decía Laures, el pastor:

- ¡Que no por mucho madrugar amanece más temprano!..., Bibi.

Y no es que fueran frecuentes estas incursiones de la zorra por los alrededores del caserío, la verdad. Pero lo cierto es que en algunas ocasiones no puede reprimir su instinto animal de dar pesadumbre a sus intestinos.

Más frecuentes son las incursiones del milano sobre la bandada de palomas de la Bibi. A diferencia de la zorra éste visita el caserío en días claros. Acostumbra también a girar su visita al amanecer. Apenas las palomas abandonan su cobijo se desparraman por las eras de la Cerca. Ocupan éstas un altillo ya que ofrecen mayor facilidad a la entrada del aire para la bielta de cereales, leguminosas y comuñas. Además en ellas las palomas

disfrutan de amplios horizontes que les ofrecen una cierta mayor seguridad.

El milano, gavilán o azor, que en esto hay discrepancia de pareceres en el poblado, se apuesta en una chopa revieja y centenaria del río. A orillas de la huerta del Rufino. Y, apenas ve que las palomas de la Bibi se distribuyen por la era del Efiso, y distraídas disfrutan de su diario desayuno de pequeñas semillas, cae casi en picado sobre los indefensos volátiles.

Apenas guipan la sombra del gavilán, azor o milano que sea, ya digo que sobre esto no hay acuerdo en el pueblo, las aves -cosa natural- se amilanan, se acurrucan y alguna hasta intenta levantar el vuelo. Es el momento en que la rapaz, sin echar siquiera pie a tierra, con suma elegancia atrapa su presa al aire y se la lleva a la chopera donde ya le está aguardando su bien nutrida prole siempre dispuesta a destazar volátiles.

Ya lo decía el señor Laures, el de la María, el pastor:

- ¡Que no por más madrugar amanece más temprano!...

El caso es que la Bibi ve mermar su rebañito de volátiles, y casi sin probar uno solo. Tanto que al fin se ve obligada a desprenderse de su palomar:

- ¡Para que se las coman otros!..., decía.

Lo malo es que no da con el causante de sus desventuras. Y su murmuración hasta es causa

de cierto malestar entre las gentes de la aldea o caserío.

- ¡Para que se las coman otros!..., seguía murmurando con pesar.

Pero Juan el mulero, Edesio el leñador, y Luis, el pequeño de la María, bien sabían la causa de la desaparición de las palomas y gallinas. Pero también se limitaban a murmurar:

- Que no, Bibi. Que no. ¡Que no por más madrugar amanece más temprano! ¡Que no por más madrugar amanece más temprano...!

Y es que la Bibi ignoraba que casi tan importante como el qué es el cómo. Y que, aunque el Alcalde de Zalamea diga que “no tanto el cómo sino el porqué importa”, sin embargo también los tiempos y los modos tienen su importancia en la vida de las personas, si bien tan sólo sean circunstancias o accidentes. Los Yankis sí lo tienen bien en cuenta:

- *Es preciso hacer lo justo, en el momento justo y con los medios justos. Es decir, que es preciso realizar lo que conviene, en su momento justo y con los medios o instrumentos adecuados.*

14. LAS HACENDOSAS AVISPAS

*Me rodeaban, como avispas ardiendo
como fuego en las zarzas (Ps. 117, 12).*

El pueblecillo aquel, que alguna vez ha gozado los honores de villa, es hoy una sencilla aldea castellana. Del alto llano burgalés, para ser precisos. Se halla como recluso en un valle de montaña estrechito y angosto. ¡Ah!, y sufre las inclemencias de inviernos sumamente oscuros y largos. A la vez que goza, en cambio, de veranos cortos, frescos y secos.

Algunas mañanas del buen tiempo me doy un paseo por la vega. Tiene ésta, o más bien he de confesar que tenía, antes de la parcelación, numerosos arroyuelos que ofrecían pastos ubérrimos a los ganados. Pero también, con demasiada frecuencia, cubría sus arroyos la zarzamora. Era una delicia en la primavera y el estío, hasta Nuestra Señora de Septiembre.

Pues bien, agricultores y ganaderos solían quemar sus rastrojos al cierre del año agrícola y ganadero. El fuego aburaba frecuentemente también los zarzales de arroyos y linderos. Por lo que las zarzamoras ofrecían un aspecto como de león decrepito a quien han limado sus dientes. Es

decir, que les han quemado sus rastras y que en la próxima primavera comienzan a brotar por sus troncos renegridos por el fuego.

Yo tenía mis preferencias en pasear por la vega apenas escampa la lluvia primaveral o los aguaceros veraniegos. El sol se muestra claro. El cielo transparente, azul. La brisa orea la tierra. Pasear por la vega, en las primeras horas de la mañana o también en últimas de la tarde, cuando el sol pega bajo, es todo un espectáculo para la vista. Es una delicia contemplar la danza de las hacendosas avispas en derredor de los zarzales, en riachuelos y arroyos, que se presentan sonrientes por las lluvias.

Como avispas ardiendo como fuego en las zarzas, como dice el salmista.

A esas horas de la mañana o de la tarde se las ve sumamente activas y hacendosas. Conviven en un armonioso trajinar. Con sus cuerpecillos, con sus abdómenes, de un intenso azul turquesa o de un verde esmeralda, ofrecen a los reflejos del sol bajo deliciosas irisaciones nacaradas y verdeazuladas. Y al observador le brindan, como dicen los italianos, el bello espectáculo de un *rovetto ardente*. Es decir, de un zarzal encendido, incandescente, chisporroteante. Es la impresión que produce al caminante el reflejo metálico de una infinidad de avispas nerviosas, en acción.

Me apasiona observar cómo se afanan en perforar las cañas secas para fabricarse su morada y acarrear el dulce alimento. ¡Qué armonioso y pacífico trajinar!

Me deleita ver cómo se afanan en preparar su casa. Perforan las cañas en las que elaboran doce o catorce panales pequeñitos. En cada uno de ellos depositan luego una miel dulcísima, juntamente con la semilla. Durante los días del estío, de cada uno de los panales, y una vez que las crías terminan con su dulce panalito, salen las nuevas avispa al exterior.

Es la forma que tiene la avispa solitaria de vivir y de transmitir la vida, frente a la avispa social que convive en pequeñas colonias apícolas. Aquello es una colmena; esto, un monasterio.

Como rutilantes avispa de fuego en las zarzas...

Con profundo pudor, como quien invade casa ajena, me dispongo a profanar su morada. Tomo una caña y, con mi navajita, objeto, ¡ay!, de mis amores, abro la caña por el agujerito que pacientemente ha perforado la avispa, con la correspondiente precaución por mi parte.

Efectivamente, rajo la caña con cuidado, sale precipitadamente la avispa, y aparece a mi vista una docena amplia de celdillas, abastecidas de rica miel. En la primera de ellas se encontraba ya la avispa concluyendo su panal, y dispuesta ya a salir a batalla. Todavía pude probar los últimos panalitos y disfrutar de esa dulzura de la miel de que hablan los Libros Santos. ¡Que obra de arte, rota en tan breves momentos!

Mientras tanto, el zarzal hierve de avispa que van y vienen a velocidad vertiginosa. Se mueven

con un nerviosismo maternal. Quien desciende a por agua del arroyo; quien a perforar la caña para abrir su casa; quien a libar el néctar de las flores en espinos y zarzamoras; quien a buscar alimento para sus crías; quien a acarrear provisiones para el frío invierno, quien... Lo cierto es que presentan, entre el rastrojo y el arroyo, un lindo ir y venir de hacendosas avispas. Es el espectáculo de una colonia hacendosa y que no molestan para disfrutar del fruto de las zarzamoras de septiembre.

Como centelleantes avispas de fuego en las zarzas...

Me entusiasma, aparte la belleza del **espino rovente**, el trajinar de las hacendosas avispas. Me recuerdan, ¡ay, tantos años ha!, a las hacendosas madres de los pueblos. Al salir el sol se les veía echar las gallinas, ir a por agua fresca al caño de la fuente en la plaza mayor del pueblo, adecentar las habitaciones, limpiar la casa, barrer la calle y, luego, salir presurosas por la vega, senderillo arriba, a llevar el almuerzo a los esforzados segadores.

Y retornar luego presurosas a tender las mieses para la trilla, preparar la comida a su tiempo, para, por el senderillo que cruza por la vega, llevarla a la era donde marido e hijos con las cansinas yuntas, trillaban la mies seca por la canícula del mediodía.

Era la vida campesina, lucha de heroísmo y sencillez. Y el volver de los hombres del campo o de la era, a la luz de la luna que se levanta en

el horizonte, a recogerse en la casa patriarcal. Y tener la cena a punto para no hacerles esperar.

Esta vida provinciana era todo un himno a la movilidad, a la alegría y a la paz castellana. Y sus mujeres, merecedoras de nuestra más cordial gratitud. Como las hacendosas avispas, diariamente creaban una obra de arte. Era todo un himno al amor del hogar: “la caridad es paciente, es servicial; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; no es descortés, no busca su interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”.

¡Qué pacífica y hacendosa es la vida de las avispas que brillan como centellas en los zarzales! Y, ¡qué hacendosa y pacífica, dentro siempre de una serena movilidad, la vida de las madres que aman a los suyos! Así ha dispuesto la naturaleza las cosas. Y Dios que lo ha hecho sabe el porqué.

Pero, caray, ¡qué dificultosas traducciones se hacen a veces de los Libros Santos de la Escritura!

15. OVEJAS, CABRAS Y CABRITOS

El predicador aquel era un Crisóstomo, pero de vía estrecha. Eso sí, rimbombante y gesticulador como ninguno. Como no hay Gerundio de Campazas o, en todo caso, su maestro Blas, que le iguale. Trata de explicar, o más bien de dramatizar, lo del juicio final. Es decir, lo de las ovejas, cabras y cabritos allá en el Valle de Josafat que, por lo demás, nadie sabe a ciencia cierta hacia dónde cae.

Comienza su sermón situando al respetable público en la Jerusalén terrena. En la explanada del templo concretamente. O, para ser más exactos, en lo que hoy se conoce como la llanada de las mezquitas. En primer lugar acomoda al buen Dios hacia el centro de la explanada, sobre solemne catafalco. Elevado y rodeado de ángeles, con su correspondiente trompeterío, y frente al templo. Luego, a sus espaldas, coloca el torrente Cedrón. A la parte de arriba de éste sitúa el Valle de Josafat, ocupado por los cementerios judío y musulmán. Los fieles esperan impacientes la llamada a juicio. Finalmente a la parte de abajo ubica la puerta de los magrebíes, también llamada de las basuras.

Es la puerta por la que Jerusalén echa fuera las tuyas. Y finalmente un poquito más abajo, siempre en dirección del Cedrón y en la unión de éste con el torrente Ge-Hinnon, sitúa la Gehenna, el lugar del fuego inextinguible, el fuego que nunca se apaga.

Y da, pues, comienzo al juicio. Naturalmente los primeros en llegar son los situados entre el torrente Cedrón y a rebujo de la muralla, en los cementerios judío y musulmán. Para eso están más cerca. Comienzan a entrar en el recinto amurallado por las puertas de Herodes, de los Leones, de Jaffa y de Sión, además de por la puerta de Damasco, la más hermosa de todas. Se cuelan como quienes entran a comprar el primer día de las rebajas. La puerta Dorada se abre tan sólo unos momentos para que ingrese el Juez y Señor. Y no se abre para otros eventos. En un santiamén se abarrota el recinto. Se cierran las puertas. Y da comienzo el juicio final.

El predicador se pasa una buena hora larga del juicio distribuyendo ovejas, cabras y cabritos por todo lo largo y ancho del torrente Cedrón y alrededores. Y a la vez sentenciando. O mejor dicho, distribuyendo el ganado para cumplimiento de sentencia.

A eso de las diez acude un grupito de enjuiciados, y ya sentenciados, a los cuales nuestro buen hombre, a estas horas del juicio, no sabe ya dónde colocarlos. Y les deposita entre la puerta de las basuras y la Gehenna. Es decir, que están al pare-

cer sólo para purgatorio. Al menos eso es lo que parece.

Más tarde llega, o más bien traen en brazos, un numerosísimo grupo de infantes, que el predicador no acierta a distribuir o colocar a lo largo y ancho del valle. Por fin les sitúa totalmente al norte del torrente, en una especie como de limbo, del que no pueden observar el juicio. Ignoran de qué se trata. Ni siquiera saben ellos de qué se les acusa.

Eso sí, los que el Señor Juez condena el predicador los deposita en el fuego eterno de la Gehenna. Y lo hace con tal vehemencia que impresionan más los gritos que da el predicador, que no el cumplimiento de la sentencia dictada.

- Y pondrá las ovejas a su derecha, vocea. Y, cabras y cabritos a su izquierda. Y dirá a los de la izquierda:

- ¡“Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles!”.

Bueno, llegados a este punto no me pude reprimir y pregunto al predicador:

- ¿Para qué tanta distinción? Y, el que condena a tales atrocidades, ¿es Creador y Padre? ¿No me lo puedo creer! Pero, además, ¿cómo puede condenar alguien que es Creador y Padre y se ha pasado la vida predicando el perdón y la misericordia! Predicar misericordia y piedad y resolver todo en un juicio inapelable, ¿no sería incoherencia? Vamos, digo yo. Y viene a mi mente la conversación que en cierta ocasión mantuve con un

pastor del pueblo, Luis, el zagalillo de la María por más señas, a quien pregunté mientras arreaba el ható de ganado y volvíamos ambos para casa:

- Oye, Luis, ¿tú sabes por qué razón gozan de tan buena fama las ovejas, y tienen tan mala reputación cabras y cabritos?

Y, me contesta casi sin pestañar:

- Bueno, eso no es si no una cuestión de alimentación. Fíjese usted bien, me dice sin pestañar. En el rebaño llevamos muchas ovejas y pocas cabras. Es porque aquellas se alimentan de espigas de los rastros y de hierbas del campo. Éstas, en cambio, prefieren la hoja de olmo y los brotes del espinó. En la distribución para el pasto aquéllas ocupan el centro de los rastros. Y pacen tranquilas. No hay peligro alguno ni de que se pasen al sembrado ajeno, ni de que las atrape el lobo. Éstas, en cambio, se sitúan en las orillas de los arroyos, para comer la hoja de los árboles. Y con frecuencia saltan al sembrado vecino.

- ¡Ya!...

- Y al arrear para casa al atardecer, ya ve usted, ocurre lo mismo. La oveja vuelve tranquilamente en rebaño, como puede usted observar. No halla en el camino pasto que la atraiga. Y no da que hacer. La cabra, en cambio, no. Aprovecha hasta los últimos instantes. Aprovecha hasta que entra en la misma tenada para comer el último bocado del día. Mordisquea los espinos o se pone de manos sobre las matas de los senderos. Y se queda atrás y aprovecha para encaramarse sobre los olmos.

- ¿Y los cabritos?, le insinúo.

- ¡Ah, esos sí! Esos siempre se quedan los últimos. Siempre. Se quedan embobados en cualquier espino y tengo que enviarles el perro. Pero, como son fuertes y aguerridos, más de una vez le plantan cara. Y más de una vez también tengo que volverme para peinarles el lomo con la cachaba. Es a lo único a que atienden.

- Ahora entiendo, le digo. Y el zagal vuelve a casa todo satisfecho.

Supongo que a estas horas se habrá finalizado ya el juicio final. Y me figuro también que el predicador aquel habrá terminado la distribución de la ganadería. Y espero que a estas horas la mayoría haya abandonado asimismo el Valle de Josafat.

En todo caso, señor predicador, no creo que la cosa sea para tanto. La diferencia entre ovejas, cabras y cabritos -creo yo- está en la alimentación y en el trato que a cada uno le ha reservado la vida. Por lo demás yo creo que las diferencias están más en las lonchas que a cada uno le haya tocado en suerte en la vida, que no en otra cosa.

No puede ser un juicio tan radical y perpetuo, como aseguraba el predicador aquel, si el Creador y Señor de todos es también el Padre y Buen Pastor del rebaño.

- ¿Y, la fama? La buena o mala fama, ¿qué?

- Pues que con demasiada frecuencia la buena o mala fama de ovejas, cabras y cabritos la establece una interpretación defectuosa y legalista de

las acciones humanas por parte de los hombres,
que no por parte del Pastor del rebaño. Vamos,
creo yo.

16. MANSEDUMBRE Y HUMILDAD

Me ha gustado el predicador dominical. Es un tipo imaginativo y práctico, la verdad. Y además con mucha labia. Sabe adobar la seriedad de los temas bíblicos con rasgos chispeantes del diario vivir. El evangelio del presente domingo, nos ha dicho, se centra en un pensamiento bipolar de San Mateo, 11,29: “Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón”. Es decir, mansedumbre y humildad. Sabe además centrar muy bien al morlaco, y nunca mejor dicho, pues toros, mansos y morlacos han constituido la base del guisado dominical que nos ha brindado.

La mansedumbre y la humildad, pues, han constituido el tema de reflexión dominical. El predicador ha comenzado su discurso explicando la etimología de ambos vocablos. La humildad deriva, nos ha dicho, de *humus*. Es decir, de esa especie de barro, o de mantillo, que los ríos suelen abandonar en sus riberas cuando éstos, desbordados por las lluvias de la primavera o del otoño, vuelven luego a su cauce normal. Es un barrillo sumamente dúctil

y moldeable. Es el material del que ceramistas, o alfareros, modelan sus populares cacharros.

En los pueblos primitivos los alfareros -ha proseguido diciendo el predicador- emplean este mantillo en fabricar los objetos de loza para preparar el diario condumio. Es, seguramente, el mismo material del que el Señor Dios modela al primer ser humano, al primer hombre, según narra el Libro del Génesis. Y lo hace, según asegura gente seria y bien informada, del barro de la tierra. De ahí se vino a acuñar la célebre quintilla: “Oficio noble y bizarro / entre todos el primero / pues, para gloria del barro, / Dios fue el primer alfarero/ y el hombre el primer cacharro”.

Y a renglón seguido apostilla el orador -jugando siempre con la etimología del vocablo- no se extrañen pues, hermanas y hermanos, de que el hombre se descacharre con relativa frecuencia.

De todos modos, siguió diciendo el predicador, este *humus* es lo que hace al hombre moldeable, sencillo y humano. Y lo mismo sucede con una serie de vocablos que, a pesar de las indirectas derivaciones, no ocultan su noble ascendencia de este *humus* o mantillo. Es el caso de aquel versículo latino: “Homo, humus; fama, fumus; finis, cinis”. Es decir, el hombre es barro; su fama, humo; y su fin, ceniza.

Finalmente el orador ha concluido subrayando que la humildad hace al hombre tanto más humano, tanto más evolucionado y tanto más civilizado, cuanto más moldeable, sencillo y social se manifiesta en su porte. Es decir, tanto más manso. Y

el orador sagrado pasa directamente a mostrar la etimología del segundo vocablo, y que conecta directamente con el anterior, según yo le he querido entender.

La palabra manso, así como también el sustantivo mansedumbre, aseguró el orador, derivan del vocablo latino mansuetudo (manu suetus). Es decir, sujeto a la mano; que se conduce con la mano, dócilmente o, lo que es lo mismo, que es manso, en oposición a la res brava o bravía. Y aquí ya sí que es cuando el predicador entreteje una extensa reflexión sobre entrambos vocablos. Y desde un punto de vista completamente taurino.

El toro, nos ha dicho, es el animal más noble, pero también es el más soberbio y altanero. Es fogoso y es altivo. Es el símbolo de la arrogancia y del desplante. Tiene planta soberbia, se suele afirmar de los buenos ejemplares. Es el triunfador. Pues bien, toda la esencia del toreo es y constituye un proceso a la humildad. Y eso ya a comenzar desde los mismos encierros.

Es frecuente que al toro bravo se le conduzca desde los corrales hasta el coso taurino el mismo día de la lidia. Son entonces los mayores pero, sobre todo los mansos, los que llevan los toros bravos hasta los chiqueros de la plaza. Los mansos son los toros que, como su mismo nombre indica, pueden ser conducidos por los mayores como de la mano. Son obedientes al caporal. Los vaqueros se fían de ellos. Son los verdaderos artífices de los encierros. La manada de toros bravos es dirigida donde éstos la quieren llevar y de hecho la llevan.

Es la lucha de la inteligencia con la irracionalidad. Los tercios de la lidia son asimismo tres sucesivas etapas de humillación del toro. El tercio de varas, no es sino el primer tercio de humillación. Hay que conseguir que el morlaco baje la cabeza. Que el toro baje sus humos. Que el morlaco humille la testuz, para poder proseguir la lidia con los menores riesgos para el maestro.

El tercio de muleta es una continuación del primer tercio. Es un continuo engañar al toro. El público se deleita en el triunfo de la racionalidad sobre la animalidad, de la humildad sobre la soberbia. Se trata de humillar al altivo, para que el toro llegue ya agotado y sumiso al tercio de espadas.

Y el último tercio se reduce a que el toro iguale y humille. Es decir, a que baje totalmente su testuz por el cansancio y el dolor; a que junte las manos y, de este modo, abra las paletillas para poder entrar a matar con mayor posibilidad de éxito.

Más aún -nos ha asegurado el predicador- frecuentemente el toro no muere en el trance de espadas. Al menos no muere inmediatamente. Es la hora en la que el torero se acerca al toro y, en un acto supremo de humillación para el morlaco, con el verduguillo le hiere en el morrillo, para que humille totalmente el animal. Es decir, para que deje al descubierto la nuca, se muestre totalmente postrado e indefenso a los pies del diestro, y éste pueda darle el descabello.

La función taurina concluye normalmente con el triunfo de la humildad sobre la fortaleza, de la mansedumbre sobre la arrogancia y la bravura.

El predicador, carísimos lectores, antes de dar por concluida su plática, todavía ilustra el tema con un ejemplo traído de su propio entorno familiar. Y nos ha dicho:

- Cuando a mi buen padre algún torito se le resistía a humillar su cerviz al yugo, de inmediato le aplicaba un correctivo infalible. Despacio y con una paciencia casi infinita se dirigía al establo. Extraía un pequeño anillo metálico, que tenía colgado en una viga de la cuadra, y se lo colocaba en la nariz a la altiva res en cuestión. Ésta, como manso cordero que va conducido al matadero, ofrecía su cerviz al yugo sin la menor resistencia. Con una pequeña cuerda tiraba hacia abajo, es decir, amansaba, humillaba al buey. Mi buen padre, claro, siempre quedaba como triunfador. Y siempre también -lo recuerdo con gozo como si fuera ahora, nos aseguraba el predicador- mi buen padre concluía su faena susurrando: “Vamos a ver / cómo baila Manuel: / si baila mal/ u baila bien”.

Ni qué decir tiene que el buey o torete en cuestión terminaba en el yugo. Y bailando pero que muy bien. ¡Cómo no!

El orador aquél ha rematado la faena con esta reflexión: Cristo, manso y humilde de corazón, *sufriendo aprendió a obedecer*, según asegura la Carta a los Hebreos. En la cruz está la vida y la esperanza. En la cruz está la salvación. La humi-

llación vence a la soberbia y altivez. Es el triunfo de la cruz lo que celebramos. Recordamos su muerte y su resurrección. Es banquete y es también memorial de su pasión.

La humildad es obediencia rendida, desapropio de la propia voluntad. Y terminó por ilustrarnos con un pensamiento bíblico: *Joven, sé obediente, te irá bien y serás feliz.* Así, al menos, lo aseguran los Libros Santos.

Con este pensamiento, lectores carísimos, el predicador aquel remató su explicación dominical, como si de un último pase de pecho se tratara.

17. EL CONVENIO DE LOS RATONES

En Roma prosigue a buen ritmo la persecución. Una persecución permanente y cruenta. Como no hubo otra comparable desde los tiempos gloriosos del Imperio. Los gatos se han juramentado para terminar con todo vestigio de rata, ratón o roedor viviente que merodee por las orillas del Tíber. Están determinados a limpiar nada menos que desde Roma hasta su desembocadura en Ostia. Hay que hacerles picadillo, dicen. No hay que dejar vivo ni uno solo. Y se juramentan en los foros imperiales, como en los mejores tiempos de la República.

El hecho es que la familia roedora disminuye a ojos vistas. Y la situación pasa ya de ser inquietante a ser desesperada. Ante situación tan dramática los ratones convocan a conejo. Tendrán un congreso, o convenio, como dicen por aquellas latitudes.

- ¿Y dónde se tendrá?

- En la ciudad de Roma, naturalmente. Donde se tienen los grandes congresos.

- ¿Y más concretamente?

- En la Piazza del Pópulo, si el congreso ha de ser popular. Pues nada hay tan justo y puesto en razón como que un congreso popular se tenga en la Plaza del Pueblo. Y así fue, según aseguran viejas crónicas de la Ciudad de los Césares y de los Papas.

No sabría decir a ciencia cierta si la convocatoria la realizan boca a boca -al modo tradicional-, a través de los móviles, como acostumbra hacerse hoy, o cómo la llevan a cabo. Pues la casta ratonil romana está pero que muy evolucionada. Lo cierto es que, ante tanto sobresalto y las lógicas preocupaciones del momento, la convocatoria a concejo se hace con extremo sigilo y rapidez.

A la Plaza del Pueblo van acudiendo, pues, ratas y ratones de la cercana plaza del Panteón y de los alrededores del Mausoleo de Augusto. Acuden luego los de los bajos de los Mercados de Trajano y del Altar de la Patria. Más tarde van llegando asimismo, casi arrastrándose, viejos, gotosos, del Coliseo y de los Foros Imperiales. Finalmente consiguen allegarse también algunos, contados desde luego, de extramuros de la ciudad de Roma. Y da comienzo el congreso, que los romanos denominan convenio, como he dicho anteriormente.

Ni qué decir tiene que no ocupan ni siquiera media Plaza del Pueblo. ¿Qué digo?, ni una milésima parte de la misma. Pero los pocos que responden a la llamada (la persecución sufrida por la raza durante siglos no dejó materia para más) se

constituyen en representantes de la común roedora raza romana.

El primero en hablar es un orador regordete y con bigotillo. Proviene de los Foros Imperiales. Y pone de relieve la persecución que sufre su estirpe dentro de la ciudad. ¡Y sin nadie que les eche una mano!, se lamenta. Ni qué decir tiene que es ovacionado largamente. Sus congéneres le aplauden hasta con las orejas.

Luego sube el siguiente orador al estrado y, enseñando sus dientecillos, menudos y afilados, comienza ya a murmurar contra unos y contra otros. Asegura que féminas hay que por las tardes se deslizan sigilosamente hasta el barrio del Trastévere, del que no vuelven hasta bien salido el sol de la mañana siguiente. Y a ellos les dejan pero que en muy mal lugar.

- Los hechos se prueban, grita desde el fondo de la plaza un defensor del sexo débil.

- ¡Eso no son más que opiniones e infundios!, comienzan a murmurar damas y damiselas, bajo sus grandes pamelas.

Y el congreso se va caldeando pero por momentos.

Un tercer roedor -éste proveniente de la Isla Tiberina- asegura que los mayores frecuentemente suben a tomar el sol a Villa Borghese. Ocupan muy bien el tiempo, asegura, en no hacer nada. Y en criticar, es decir, en murmurar, que es lo propio y característico de nuestra raza.

Y la tensión va subiendo gradualmente a ojos vistas.

Un cuarto orador, representante de la Cloaca Máxima y de facciones tan desafortunadas que Pérez Galdós hubiera dicho de él que tiene la cara ilícita, se atreve a insinuar que ha visto a un tal en los alrededores del Estadio Olímpico. Y esto es peligroso, sumamente peligroso, para nuestro pueblo, afirma. Y lo asegura muy serio y a pie juntillas sobre el estrado. Y hasta parece que lleva razón.

El auditorio ya no puede contenerse más. Se forman corrillos en la misma sala de audiencias. Abunda el vilipendio y la calumnia. Y unos a otros se ponen como no digan dueñas. Y hasta llegan a las manos. El convenio corre el riesgo de convertirse en motín. Tanto que el auditorio está abandonando la sala de conferencias apresuradamente y como por estampida.

No obstante todavía consigue llegar al convenio un ratón de extramuros. Quiere hablar. Es preciso que hable. Es un roedor fino, lustroso, con un gran olfato y mucha labia. Afila sus dientezuelos, se pone bíblico y solemne, de una solemnidad romana, y desembucha. ¡Vaya si desembucha! El auditorio ya ni para mientes a lo que el novel orador le suelta desgañitándose. Al final concluye precipitadamente su discurso:

- No juzguéis, dice apelándose al apóstol Santiago. No juzguéis y no seréis juzgados, dice el Señor. Si murmuráis unos de otros. Si os despelejáis unos a otros. Cuidado no os matéis. El que

murmura de su hermano, despelleja a su hermano, murmura de la Ley, Juzga a la Ley (en Roma, la madre del derecho, ya se sabe que es de obligado cumplimiento apelar siempre a la ley). Y no es ya cumplidor de ella, sino su juez, sentencia el apenas llegado de extramuros.

Y, como el apóstol Santiago, también concluye su intervención con un interrogante, a modo de pase de pecho final:

- ¿Quién eres tú para murmurar de tu propio hermano? ¿Quién eres tú para juzgar a tu prójimo? Y abandona atropelladamente el estrado por el hueco del apuntador.

Todavía se consigue escuchar al fondo del salón de reuniones a un anciano roedor, que también se dispone a abandonarlo apresuradamente:

- Palabra de Dios, grita. Y se las pira por el foro o agujero más cercano.

Es el momento en que termina por disolverse totalmente la reunión de concejo, convenio o congreso que fuera.

El orador también abandona el estrado precipitadamente, como digo. Se retira murmurando de la displicente ratonil raza romana, a la que se honra pertenecer. Y en su huida murmura parodiando lo que Musolini asegura de los italianos:

- No es imposible gobernar los ratones. Simplemente, es inútil.

Y así, precipitadamente, concluye el congreso ratonil. Finaliza, pues, como se disuelven tantos

otros foros o reuniones entre los humanos: *a toda prisa y murmurando unos de otros.*

Y al abandonar el recinto nadie se ocupa de cerrar la puerta. Y tampoco de apagar la luz.

18. AJUSTES Y DESAJUSTES

No sé si lo sabes, caro lector, pero José Javier es un buen amigo mío que pretende ser un día religioso. De esos de fabricación rápida y espuma controlada, pero en cristiano. Es un joven abierto, irreflexivo y temperamental. Pero, eso sí, muy simpático él. Estudia formación profesional de primer grado. No creo que llegue al segundo curso, dada la escasa fuerza de voluntad de que le dotó madre naturaleza.

El otro día, sin ir más lejos, pasa por casa y me muestra tres especies de bolígrafos que le ha regalado su señora mamá. Llevan el nombre de rotring, y de apellido 57'99 euros. Y es que en esto del ajuste, caray, el españolito de a pie ajusta los precios hasta el último céntimo. ¡Que los ladrones somos gente honrada! Vamos, ladrones de precisión.

También lucía en su muñeca un precioso reloj-calendario, y no sé cuantas cosas más. Asimismo todas ellas piezas de precisión. Claro que, cuando comienzan las clases, el chico frecuentemente no va, no digo ya al minuto, o al segundo, ni mucho

menos a las centésimas. Simplemente que no va. Que se fuma las clases. Pero, eso sí, les puedo asegurar que su reloj es una joya de precisión.

Posee también un elegante estuche con toda clase de compases. Son una maravilla de la técnica alemana más precisa, donde el ajuste es el no va más. Le sirven, o al menos debieran servirle, creo, para las múltiples y variadas clases de dibujo lineal. Claro que el chaval no consigue aprobar dibujo de ninguna de las maneras. Pero, eso sí, sus compases -también se lo puedo asegurar- son compases de precisión.

¡Ay, pacientísimo lector! No recuerdo si te lo he dicho ya o no, pero el muchacho tuvo la veleidad de inscribirse en un cursillo de programadores que, obviamente, no concluyó. Y luego, en otro de matriceros. Que tampoco terminó. ¡Como si la cosa fuera tan fácil! Tal vez el joven ha equivocado estudios. Yo creo que un cursillo acelerado para ajustadores le iría de maravilla, porque... fisuras, lo que se dice fisuras, ¡vaya si tiene...!

El caso de mi buen amigo José Javier, anteproyecto de hombre y con pretensiones de llegar a ser religioso, como digo, me ha hecho reflexionar. ¡La precisión con que está acabado todo su instrumental de trabajo y lo desajustado que anda el joven pretendiente!

A propósito, es curioso observar al respecto el ajuste y reajuste que los superiores mayores deben realizar periódicamente en órdenes, congregaciones e institutos religiosos. Es toda una actividad frenética para tratar de conformar las

diversas fraternidades de su respectiva circunscripción para que marchen con el mínimo de traqueteo posible. ¡Ahí es nada, no! Bueno, para qué mentarlo. Tienen que ajustar y reajustar religiosos y fraternidades. Tienen que ajustar al indolente y al caprichoso, al carismático y al charlatán, al profeta y al buscador de identidades perdidas, al sumiso y al desobediente. Incluso al licenciado mosca, al maestro chinche y al hermano teclas. ¡Que de todo suele haber en la viña del Señor!

Por lo demás es fácil intuir que a todo general le falte siempre tropa para atender a tantos flancos vulnerables como parece presentar su ejército. Pues, generalmente, suelen tener abiertos más frentes de batalla que soldados de que disponen para la guerra. Por ello su puesto resulta, a más de difícil, bastante complicado y arriesgado.

Bueno, pues, cuando están ya para concluir su labor de ajustadores yo creo les chirrían hasta los glóbulos rojos. Y no precisamente de gozo. Y es que estamos todos un poquillo tocados del mal del siglo. ¡Qué de personalismos! ¡Qué de obediencias dialogadas! ¡Qué de condiciones y condicionales! ¡Qué de...!

Han tenido que situar al hermano mosca que evocaba la movilidad religiosa para justificar sus innumerables cambios residenciales. Por más que -ya se sabe- “nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres”. Que ya lo dijo el Lazarillo de Tormes casi al final de sus días. Y han tenido que ubicar al inamovible, que evoca el santo recogimiento para ocul-

tar su pereza innata. Han tenido que reajustar al polvorilla que confunde movimiento, actividad y movilidad. Y han tenido que acomodar al de “oposiciones”, es decir, al que ya de entrada pregunta: ¿De qué se trata, que me opongo? Y han tenido que acomodar... Bueno, a todos pues, como seres humanos, todos aspiramos a estar lo más cómodos posible.

Carísimo lector, mi buen amigo José Javier sufre desajuste espacio temporal. No cabe duda de que es una desarmonía de carácter simplemente circunstancial. Pero lo verdaderamente preocupante son las fisuras esenciales. ¿Sufrirá también su espíritu juvenil de fisuras esenciales?

El Concilio Vaticano II dice: “En realidad de verdad los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el interior del hombre”.

¡Ay, mi buen y pacientísimo lector!, perdona una vez más mi ignorancia, pero tengo una duda, sólo una duda: ¿De esta desarmonía esencial no nacerán luego esos otros desacordes, o simples incoherencias, entre lo que pensamos y lo que decimos, entre lo que decimos y lo que hacemos, entre lo que hacemos y lo que aparentamos, entre lo que aparentamos y lo que somos?

Mi inolvidable y caro lector, perdóname una vez más, pero creo que a estas desarmonías se les conoce hoy con el nombre de crisis de identidad. Ignoro qué Minerva engendró tal concepto. Yo pre-

feriría llamarla crisis de sentido común o, sencillamente, un sinsentido más.

Inolvidable lector amigo, parece que José Javier se ha inscrito ya en otro cursillo acelerado para ajustadores. Parece ser que el muchachito lo necesita. Y hace bien en comenzarlo. Pero dudo de que lo termine. Mira, no sé por qué, pero hasta me parece que me voy a inscribir yo también. No es por nada, no. No es que yo pretenda ajustar algo en alguien. ¡Libreme Dios de ello! Tampoco es por amor al arte, no. Simplemente, es por la comodidad que ofrece el autoservicio y la economía de las reparaciones personales.

Hace ya algunas fechas asistí a una Asamblea de Formadores. Luego de una sesión memorable de la mañana, se procedió a la programación. Desde este momento ya todo procedió expedita y llanamente. Tan sólo casi al final se hizo el silencio o, por mejor decir, la oscuridad. Uno de los asistentes rompió el impás y dio contenido a la pausa: “Antes programábamos para los demás, dijo, y todo iba rápido. Ahora programamos para nosotros y...” Entonces me di cuenta de que no necesitamos tanto de un servicio en carretera, cuanto de un autoservicio. Vamos, digo yo.

Pacientísimo lector, si cada uno de nosotros dispusiésemos -para facilidad del autoservicio, claro- de un modificador de ruta, de un pequeño manual de entretenimiento para el propio reciclaje personal, para la continua puesta a punto... ¿no se eliminarían muchos de nuestros desequi-

librios, inseguridades, desarmonías y atolondramientos?

Si cada uno tuviese facilidad para conocer y reconocer sus propias limitaciones y la fuerza de voluntad para estar en reciclaje permanente, ¿la máquina de las comunidades no caminaría con menos estridencias, con menos renunciaciones sin motivo y sin sentido, y... hasta con menos defecaciones?

Carísimo lector, que has tenido la paciencia de acompañarme hasta aquí. Hoy no ruego al Señor para que me de o para que me quite. Hoy no le pido salud, larga vida o distinciones. Hoy, para José Javier y para mí, únicamente le pido eso, sólo eso: sentido común, un poquito de comprensión y... un cursillo acelerado para ajustadores.

Para ajustadores de precisión, claro.

19. EL LABRIEGO Y SU ZAGALILLO

A finales de otoño todavía suele hacer buen tiempo para el pastoreo y el cultivo de los campos. Los labriegos aprovechan para sembrar las últimas avenas y centenos. Y los zagalejos sacan los ganados a pastar a la pradera. La vacada aprovecha la última otoñada, antes de que el frío invernal la prive de las delicias del sol y de la libertad.

El otoño en la pradera es delicioso. Garzas blancas pasean, con porte señorial, entre las vacas. Una garceta común se entretiene en picotear el lomo de un ternerillo que pasta en pacífica tranquilidad. Algunos aguzanieves corretean por sembrados, caminos y senderos. Y el sol se muestra ya sumamente tibio y benévolo.

Pues bien, cierto labriego, se encuentra labrando una centenera con su cansina yunta de bueyes. Sigue sus pasos alguna que otra garza blanca, de las conocidas como vaqueras o boyeras. Y también un par de aguzanieves que, sumamente vivaces, corretean la tierra labrantía en busca de pequeños insectos.

El aguzanieves o pizpeta (del que deriva el adjetivo pizpireta), es un pajarillo de vuelo pronto y canto sencillo. De movimientos rápidos y graciosos. En tierra se desenvuelve con una cierta destreza y movilidad. Mueve constantemente la cola. Corretea en todas las direcciones regresando, frecuentemente, al mismo punto de partida. Poco antes del invierno desciende a terrenos cálidos para guarecerse de los fríos del final del otoño. Es conocida vulgarmente como nevatilla o pájaro de las nieves. ¡Ah!, y se alimenta de insectos que se procura en los campos recién labrados, como digo.

El buen labriego se mantiene firme amarrado a la esteva del arado. Traza surcos largos, muy largos, iguales todos y todos ellos también paralelos. Es perito en el oficio de labranza. Al finalizar el surco da vuelta despaciosamente a su cansina yunta de bueyes. Es el momento que el labriego aprovecha para quitarse el sudor de la frente con la mano. Mira al cielo y deduce, por la altura del sol, la hora del día que es poco más o menos. ¡Ah!, y centra su atención casualmente en tres o cuatro graciosos aguzanieves que le siguen tras el arado.

- ¿Para qué tanto trabajo y sudor? ¿Para qué doblegar y uncir los bueyes al yugo y privarles de su libertad? ¿Para qué?, parecen comentar entre ellos en la misma lengua en que el periquito habló a la cotorrita.

Y otra de las nevatillas, que refuerza las razones, también se cuestiona a su vez:

- ¿No sería mejor gozar de plena libertad, como las garcetas o nosotros, los aguzanieves? Mira

los terneros de la vacada qué tranquilos pastan y cómo se tumban en la hierba fresca. Y van a beber al arroyo cuando les fuerza la sed y ellos lo desean. Que no sé quién fue, pero dijo que... el buey suelto bien se lame.

- Sí, desde luego, replica otro de los aguzanieves. Repara sino en esas garzas bancas que pasean con majestuosa solemnidad, como reinas de belleza, entre la vacada.

En cambio la cansina yunta de bueyes parece no decir nada. Labra y calla. Y avanza pausadamente pensativa. Masculinamente seria, que diría el clásico del *niño yuntero*. Pero también rumia para sus adentros:

- Nosotros ejercemos nuestra obligación. Humillamos el cuello al yugo para desarrollo y progreso de los pueblos. Y cumplimos con nuestro deber. No como los aguzanieves que no saben de dónde vienen ni a dónde van. Corren precipitadamente en línea recta unos pasos. Giran de sopetón, sin saber por qué. Vuelven para otro lado. Finalmente echan otra corridilla y, total, para terminar finalmente en el mismo lugar. Inconstantes, ignoran qué hacer y adónde ir. Nunca llegan al final del trayecto.

- Nunca, es verdad, responde el otro.

- Nosotros nos cansamos, sigue comentando el primero, sufrimos a la obediencia del yugo, pero servimos. Somos útiles a la sociedad. Echamos de menos la libertad del *dolce far niente*, de chozpar por las praderas, pero creamos bienestar y riqueza.

- Y ahora pregunto yo -replica el otro-, que al parecer había escuchado a algún abogado laboralista o en todo caso había participado en algún mitin sindical, ¿por qué razón corren tras el arado garcetas, cigüeñas, aguzanieves, y hasta el hombre mismo? ¿No será que pretenden beneficiarse de nuestro sudor, y del sudor de nuestro amo? ¡Unos con trabajo abrimos surco y otros... vienen detrás aprovechándose!

El labriego finaliza su trabajo a mediodía y suelta la yunta a la pradera a pacer. Allí, con otros ganados que cuida el zagalejo. La yunta pasta, bebe y espanta las moscas a su placer hasta el caer de la tarde. Al ponerse el sol, el labriego y su zagalejo vuelven a casa conduciendo la pareja de bueyes y el resto de la manada. El buen labriego, que diz que era un campesino muy sencillo, pero también muy práctico, pone su mano sobre el hombro del zagalejo y poco más o menos se expresa así:

- Mira, hijo, no hay gozo mayor que volver al hogar cansados, pero satisfechos, luego de haber cumplido el propio deber. Sin embargo, ni siempre hay que estar uncido al duro yugo, ni siempre hay que estar holgando libremente. Los bueyes traen a casa riqueza y bienestar. Pero las avecillas de los campos nos hacen la vida más amable.

No obstante hay que reconocer que muchas personas saben de todo, como el aguzanieves, pero no prestan para nada. Son técnicos en todo y prácticos en nada. Hijo mío, ni todo movimiento es progreso. Ni toda actividad es creación. Los aguzanieves son pajarillos muy activos, pero corretean sin finalidad

alguna. No saben dónde van. No se trata, pues, de correr, hijo mío, sino de seguir el propio camino y en una misma dirección.

En la pradera es verdad, hijo, que el buey suelto bien se lame..., pero ni trilla, ni acarrea, ni ara. Por otra parte todo trabajo creativo y serio requiere momentos de esparcimiento y merecido reposo.

Y no sabría decir de donde le salió, pero concluyó su reflexión de esta manera: Las garcetas blancas, los aguzanieves, son avecillas muy simpáticas y muy graciosas, pero ornamentales. En cambio la vida diaria es dura. La vida es gracia, y es preciso cooperar a ella. Y hasta se recordó de lo que el cura del pueblo les había dicho en cierta ocasión a sus parroquianos:

- “La salvación es gracia, pero es preciso cooperar a ella. No te salvarás, pues, por las obras, pero tampoco sin ellas”. Y hasta adujo un texto que, creyó recordar el labriego, dijo el párroco que era de San Agustín: “Dios que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti”.

Y aquella tarde el labriego y su zagalillo retornaron al hogar cansados, como siempre, tras el duro trabajo de la jornada, pero contentos.

Y yo no pude por menos de recordar también la inscripción que corona un noble edificio romano: *Dulce post laborem domi manere. ¡Qué amable es, al finalizar el trabajo diario, descansar al calor del hogar!*

20. LA INGRATITUD

Segorbe, como escribí en alguna otra ocasión, lector amigo, es una ciudad de frontera. Une la sobria austeridad de Aragón y el encanto del Mediterráneo. Es una ciudad pequeña, pero tiene su obispado y sus murallas medievales. Y ha contado con su media docena bien colmada de conventos, su hospital y su casa de la misericordia. ¡Ah!, y disfruta de aire puro y agua limpia. Es una ciudad ducal recoleta y bella.

El hospital y casa de la misericordia, desde finales del siglo XIX, lo han dirigido las Hijas de la Caridad. En 1926 recala en el mismo una castellana de Cuéllar. Se trata de sor Martina Vázquez Gordo. Por lo demás en la Ciudad del Agua Limpia esta Hija de la Caridad finalizará prácticamente sus días terrenales.

Sor Martina cuenta con el apoyo económico de su familia, la ayuda material y moral de sus hermanas en religión y el apoyo del señor obispo, a la sazón el piadoso capuchino Fray Luis Amigó. Con estos auxilios, y en la Ciudad del Agua Limpia, como digo, sor Martina establece un colegio para

niños pobres, monta un comedor de caridad para indigentes y transeúntes y crea una asociación, *La Gota de Leche*, para atender un consultorio y una casa cuna gratuitos para madres sin recursos materiales. El señor obispo apoya en todo su obra con dos sueldos y algunas limosnas de palacio.

Pero llega el año 1931, y con él viene la II^a República. Desde el 1^o de enero de 1932 se suprime la llamada subvención del culto y clero, lo que repercute en los pobres de la Ciudad Ducal. El señor obispo se ve obligado también a retirarles a las Hijas de la Caridad los dos salarios con que apoya la obra. Y las limosnas también disminuyen, lo que repercute asimismo en la obra social que lleva a cabo sor Martina.

En esta situación de carencias Manuel Fenollosa Medina, alias el *Marchen*, solicita el internamiento por enfermedad, como enfermo, en el hospital y casa de misericordia. Pero el doctor le niega el internamiento, ya que toda su enfermedad se reduce a una desnutrición. Entonces sor Martina le dice al *Marchen* que, no obstante la oposición por parte del médico, venga al hospital a la hora de las comidas, sin que se entere el doctor. Y así le alimenta por algún tiempo hasta que logra recuperar la salud.

Otro indigente de la población de Segorbe es Pedro el *Caramelero*. Tiene éste una niña muy débil. Y Pedro acude diariamente al hospital y casa de caridad. Y sor Martina todos los días también le proporciona la leche necesaria hasta que la niña logra asimismo reponerse totalmente.

Al poco tiempo de iniciada la guerra civil, el 26 de julio de 1936 las Hijas de la Caridad son expulsadas del hospital y casa de la misericordia de Segorbe. Y son recluidas en el domicilio de una exalumna del colegio fundado por sor Martina. Son encerradas bajo llave y vigiladas día y noche por algunos milicianos.

A eso de las nueve de la noche, del día 4 de octubre de 1936, las hermanas sienten el ruido de un coche que se va acercando a la vivienda. Lllaman a la puerta. Todas las hermanas están con sor Martina torno a una mesa-camilla rezando el rosario. Ante el temor y la sospecha de lo que ya presentían que pudiera suceder, obligan a sor Martina a que se acueste, y poder así alegar que se encuentra enferma.

Mientras tanto dos de las hermanas bajan y abren la puerta. Y se encuentran con un grupo de milicianos dirigidos por el *Marchen*, y entre los que también se encuentra Pedro, *el Caramelero*.

Las hermanas, naturalmente, les preguntan que qué desean a aquellas horas tan tardías. Y ellos les responden que llevarse a sor Martina. Que tiene que ir a declarar ante el Gobernador Civil de Castellón.

Dado lo intempestivo de la hora para librar una declaración, las hermanas, presintiendo ya lo peor, les aseguran que sor Martina se encuentra enferma. No obstante la hermana superiora se muestra disponible a acompañarles y declarar en su lugar.

Pero ellos le responden:

- Usted no puede venir. Es ella la que tiene que declarar ante el Gobernador de Castellón.

La hermana superiora les replica:

- Lo que ella tiene que declarar también lo puedo declarar yo.

Pero ellos nuevamente le responden con decisión:

- No. Tú no. La que tiene que ir es sor Martina.

Entonces los milicianos suben a la habitación de sor Martina Vázquez y le dicen:

- Dése prisa, hermana, que venimos por usted y tenemos que ir enseguida.

Al salir de la habitación de sor Martina, y antes de que ésta se vistiera y saliera al pasillo, la superiora le pregunta al *Marchen*:

- ¿Y vas a matar a sor Martina?

Y éste le contesta:

- No la mataré... ¡Que la voy a matar!... ¡Con la de favores que me ha hecho cuando yo estaba malo!...

Las hermanas van apareciendo a las puertas de las habitaciones y van saliendo al corredor. Y se despiden de sor Martina. Todas la abrazan. Y ella besa a todas ella en la frente y se despide diciéndoles:

- ¡Hasta el cielo!

Todas sollozan y lloran.

Sor Martina, asegura una de las Hijas de la Caridad allí presente, baja las escaleras del brazo del *Marchen*. Es ya una anciana, débil y achacosa, que cuenta 71 años.

Los milicianos cierran otra vez con llave la puerta principal de la casa, asegura una tercera hermana. Arranca el coche, en él va sor Martina acompañada por los milicianos. Viste el hábito religioso completo, menos la toca. Todo el camino va rezando y besando el crucifijo. Al llegar a la carretera de Algar, dice sor Martina a los milicianos:

- Si me habéis de matar, no me llevéis más lejos.

Y responden estos:

- Pues entonces aquí mismo.

Paran el coche. Hacen bajar a la religiosa. Ella les pide que esperen un poco. Se pone de rodillas y se encomienda a Dios. Y les dice a los milicianos:

- Si os he ofendido en alguna cosa, yo os pido perdón. Y si me matáis, os perdono.

Luego saca del bolsillo una especie de petaca, pequeña, cilíndrica, de plata con agua bendita, que lleva siempre consigo, y se santigua en voz alta. Seguidamente se levanta y se pone de frente, con los brazos en cruz y el Santo Cristo en las manos mirando a los milicianos. Estos la conminan a que se vuelva de espaldas.

Pero ella les responde con firmeza:

- Nunca he vuelto la espalda a nadie. Y menos a los enemigos...

Poco antes de recibir los disparos aún susurra el texto evangélico:

- “Quien me confesare a Mí delante de los hombres, también Yo le confesaré delante de Dios”.

Luego les dice:

- Ya podéis tirar.

Los milicianos le disparan y sor Martina cae herida de muerte al borde de la carretera de Algar.

Las Hijas de la Caridad retornan al hospital y casa de caridad de Segorbe el 16 de julio de 1937. Y, estando ya en el hospital, viene un día el asesino de sor Martina y cuenta a las hermanas todo lo acaecido con sor Martina Vázquez desde que la sacaron de la casa hasta que la fusilaron. También cuenta todo a las gentes de Segorbe. Por lo demás en el juicio sumarísimo seguido a los asesinatos los cuatro encausados, encabezados por el *Marchen*, confiesan los hechos al pormenor.

La gente mayor de Segorbe todavía al día de hoy recuerda con cariño a sor Martina. Esta Hija de la Caridad, cuyas obras de misericordia tanto apoyó el Obispo Amigó, no sufrirá más desvelos por las gentes de la Ciudad del Agua Limpia, a quienes tanto amó. Pero su actividad apostólica quedará siempre en la ciudad ducal de Segorbe como un testimonio vivo de piedad y de misericordia. La de sus asesinos, de profunda iniquidad e ingratitud.

¡Descansen todos en paz!

21. DIÁLOGOS DE CANICHES

Ana y Filiberto, ya va para tres años, me obsequiaron una parejita de caniches. Son éstos unos perritos cariñosos y muy simpáticos. ¡Te vas a divertir un rato con ellos! ¡Ya lo verás!, me aseguraron. Y, la verdad, así ha sido.

El caniche es un perrito de aguas. En los establecimientos caninos los venden en tres tallas o versiones diferentes: grande, mediano y chico. Y en tres diversas tonalidades: banco, gris y color crema. También sale alguno que otro negro. La parejita que me regaló Filiberto y señora es de talla pequeña y pelaje espeso, apretado, y más blanco que el armiño.

¡Ah!, y Ana, antes de obsequiármelos, les ha pasado por la peluquería canina. Les han hecho un corte de pelo estilo león con polainas, pero en miniatura. Cuando reposan al sol, distendidos, el uno frente al otro, parecen dos leoncitos de porcelana transparente. Observados de frente se aprecian en su carita tres puntos oscuros. Son sus ojos y morrito negros que destacan entre sus niveas guedejas.

El macho se llama Leo. Tiene un carácter muy serio y altivo. Parece que se lo exija así su propio género. En cambio la fémica, que responde al nombre de Katy, es mucho más mimosa y hasta zalamera. No sé quien me dijo que éstas son virtudes propias de seres inferiores. ¡Váyate por Dios, hombre!, me dije.

La pasada primavera me han obsequiado ya con una camada de dos preciosos machos y una encantadora feminucha. El padre, que he de decir se pasa el día ladrando a la cancela, parece marcar así distancias. Muestra de este modo que es el dueño y señor de la familia canina y hasta de la barraquita en que se cobija el grupo familiar.

A mi vuelta del trabajo allí que me lo encuentro todos los días, ladrando a la verja, como lo dejé al marchar.

- Cállate, Leo. Que no sabes lo que dices, le reprocho cariñosamente.

Katy con sus retoños, que ya corretean gozosos en el césped del jardín, enseguida salen a mi encuentro. Leo también acude, pero menos. Camina perezosamente. Como quien quiere venir, pero no desea llegar. Y claro, al fin acude, pero el último. Se ve que no es feliz el pobre. No acepta la vida perruna que le ha tocado, en suerte o en desgracia, vivir.

Y los cachorrillos, ¡lo pequeñitos que son y lo espabilaos que andan! Ya se van dando cuenta de todo. Y, como no tienen pelos en la lengua, al ver a

papá tras la cancela de esa guisa comentan entre ellos, como en las fábulas:

- Yo creo que papá tiene frío, el pobre. Mira cómo le tiemblan las patitas, observa el segundo-génito.

- Yo creo más bien que lo que tiene es canguelo, apunta el mayor de los tres.

- ¿Y eso de canguelo qué es?, inquiera interesada la menor de la familia.

- Debe de ser algo así como miedo o temor, asevera el mayor de los tres.

- ¡Eso, eso! Yo creo que debe de ser miedo. Por eso ladra constantemente, sin parar. Así se lo escuché yo a mamá Katy:

- Seguramente que sí. Porque también yo la oí echarle en cara el otro día:

- Tu constante ladrar no es valor, Leo. Lo tuyo es miedo, timidez, cobardía. Que a ti el estar solo te pone los pelos de punta. Te aterra el que nadie te preste oídos. Y mucho más, que ninguno te escuche.

Nadie deduzca por lo dicho que Leo y Katy se pasan la vida discutiendo y porfiando, no. No tienen mayores disputas que las normales en cualquier familia bien. De todas las maneras hace algunos días, sin ir más lejos, también yo los encontré discutiendo acaloradamente. Confieso que jamás les había visto más serios y filósofos.

- Que no, Leo, que no, sostenía la Katy a pie juntillas. Que tú te pasas el tiempo refunfuñan-

do y no eres feliz. Que no. Que lo nuestro es servir a los señores. Ser felices y hacer felices a los demás. ¡Déjate ya de tanta filosofía y atiende a lo que importa, hombre! Y le decía esto como con aparente enfado.

- Pero, Katy. ¿No ves qué vida más perruna llevamos?...

- Pues claro que lo veo. La normal. Lógico. La propia nuestra, le contesta Katy con su habitual desparpajo.

- Tú es que eres un ente servil, le responde airado Leo. Y yo esto no lo tolero. No lo toleraré. ¡Yo amo, deseo y espero la libertad! ¡Quiero la libertad...!, grita Leo encorvando el lomo como para imprimir mayor fuerza aún a sus escasas razones. Vamos, que se expresa como el anarquista más convencido de sus propias ideas.

- Pero Leo, si no se trata de ser libres o no, responde la Katy, sino de ser felices. ¡Qué tanta libertad, libertad, libertad! Felicidad y ven conmigo a buscarla. La tuya quédatela, como dijo yo no sé quien. Pero si la libertad sólo tiene valor de medio o instrumento. Es como el tiempo y el espacio, que nos posibilitan colocar los objetos y las acciones humanas. Y nada más. ¡Atrapa el tiempo presente, Leo, y sé feliz!

La discusión a ojos vistas iba *in crescendo rossiniano*. Y a los cachorrillos se les veía cabizbajos y dispersos. No acertaban a moverse con naturalidad. Se comportaban como los niños cuando sus padres están en proceso de separación y discuten

acaloradamente. Pues igual, pero en canino. Tan jóvenes como son y qué conocimiento tienen ya. Callan y no intervienen en las discusiones familiares.

¡Ah!, es que mamá Katy les ha inculcado que hay que escuchar antes de responder. Que no hay que interrumpir discurso ajeno. Que el mucho hablar molesta. Que el que no guarda medida en el hablar se hace odioso. Y que el discreto en el hablar se hace amable. Que así lo ha leído ella en la Santa Biblia, asegura.

Leo en cambio habitualmente se mantiene en su inalterable seriedad. No comprende, el pobre, que con esa actitud puede conseguir orden en la familia, pero nunca convivencia. Que es preciso razonar, no sólo con la cabeza, sino con todo el ser. Katy y los cachorrillos tienen otra filosofía. Han aceptado su lugar en la vida y saben situarse ante ella. Y Leo, no. Los peques todavía no tienen historia. Carecen de recuerdos y de perspectivas. No tienen picardías. Y con un poco de leche materna antes, y un puñadito de piensos compuestos ahora, viven tan felices. Esto es todo su mundo. Y esto es todo su cielo.

¡Ah!, el otro día, caro lector, no sé si te lo he dicho ya, sorprendí a mi parejita de caniches lamentando:

- Pues los churumbeles nunca se me han subido a mí a las barbas, ¿sabes?, decía muy serio Leo a Katy.

- Claro que no te se han subido nunca a las barbas, replicaba ésta. No estás nunca con ellos. Los cachorrillos necesitan razones para vivir. Sí, pero sobre todo lo que necesitan es amor. Siempre estás ladrando. Desconfías de todo. Los peques no depositan su confianza en quienes son de por sí desconfiados.

¡Qué sabia se muestra siempre en su razonar mamá Katy! Tiene nombre de mujer, pero muestra hechuras de persona mayor de grandísimo sentido común. Claro, es ya madre de familia, y familia numerosa, y esto enseña mucho...

Y, yo no sé de donde le salió la parrafada pero, como si hubiera leído toda su vida el Libro del Eclesiástico -ya digo que la Katy, como el viejo ratón careto, sabe griego, y hasta hebreo y arameo- mirando sin pestañear a Leo le espetó en sus mismos bigotillos:

- Ten buen humor, Leo, en tus años mozos. Atrapa el momento presente y sé feliz. No estés siempre refunfuñando y suspirando por el mañana. No, mañana no. Hoy y ahora. Si no cosechas en la juventud, ¿cómo lo harás en la vejez? Si ahora no eres feliz, te faltará tiempo y práctica para serlo después.

Desgraciadamente, ay, no conseguí escuchar más retazos del sabrosísimo diálogo que Katy y Leo, mis divertidos caniches, se traían entre ellos.

22. EL PARDAL Y LA COTORRA

En mis visitas a la ciudad de Valencia frecuentemente cruzo la plaza del Mercado. Es una plaza irregular, pero deliciosa. La enmarcan tres edificios señoriales: la Lonja de la Seda, la iglesia de los Santos Juanes y el Mercado Central. Recién restaurados los tres, al sol de la mañana, lucen preciosos y otorgan a la plaza señorío y distinción. Coronan los dos últimos edificios otras tantas veletas, objeto de la curiosidad del vecindario. Son conocidas popularmente como la Cotorra del Mercado y el Pardal de los Santos Juanes. A este último se le designa generalmente con el nombre del *Pardalot*.

Alguien escribió, luego de larga y atenta observación sin duda, que todas las mañanas del año la cotorra del Mercado y el pardal de los Santos Juanes dirigen sus miradas hacia las gárgolas de la Lonja de la Seda para darse los buenos días. Puede ser, puede ser... Esto yo ya no podría certificarlo a pie juntillas, pero de entrada tampoco me atrevo a negarlo.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que un día de mercado ambas aves (al menos esto es lo que se cuenta en la plaza y alrededores) luego de darse los buenos días, desde lo alto de sus respectivas veletas, prosiguen su charla matutina. De sus afilados picos sólo se ha logrado rescatar la parte final de la conversación. Mientras, desde el fondo de la plaza un murmullo sordo y monótono, como de café de barrio, sube hasta alcanzar gárgolas y tejados:

- Mira, mira cómo se mueven ahí abajo en el mercado, advierte la cotorrita divertida a su compañero de cautiverio. Mira, si parecen hormiguitas... Dan vueltas y más vueltas. Rondan y más rondan y no abandonan la plaza. Como si no encontraran salida por parte alguna...

- Cierto, cierto, replica el pajarraco de los Santos Juanes, con socarrón desparpajo, arqueando su corvo pico. La verdad es que las gentes se mueven nerviosas, como presas de perlesía. Yo tengo la impresión de que no se dirigen a parte alguna. Parece que no les guíe la razón, sino el instinto o el olor de las viandas que pregonan las tenderas bien arrellanadas en sus sillas de enea.

- Ya ves, en la plaza del Mercado todo se vuelve movimiento y apariencia. Ir, y venir, y lucir el tipo. Y aparentar, replica aquélla al susodicho pardalot.

- Observa, observa aquella prosperosa señora, la tocada con chal oscuro y con flecos dorados. Parece la doña Manuela, de *Arroz y Tartana* de Blasco Ibáñez, el día de Nochebuena. ¡Qué garbo

tan gentil muestra! ¡Qué ostentosa y satisfecha se exhibe! Sabes quién te digo, ¿no?

- Sí, claro. Y, ¿quién no conoce a doña Manuela? Si no hay día que no se pierda por estos andurriales. Viene tanto por estos pagos que, más que una persona, parece ya un indispensable aditamento de la plaza del Mercado.

- Se nota que eres una cotorra curiosa y muy bien informada. Estás al día de todo lo que pasa, le replica el pardal de los Santos Juanes dirigiendo, como siempre, una mirada tierna y socarrona a su compañera de tertulia.

- ¡Ay, es que llevo aquí en la veleta ya tantos años!..., le replica aquélla.

- Pues a mí lo que más me sorprende es ese rumor sordo, ese continuo murmullo, como de avispero descomunal, que se eleva desde el fondo del mercado. ¡Y ese ruidoso oleaje de las multitudes! ¡Qué pulular de gentes sin ton ni son! ¡Qué penetrante vapor acre que adormece los mismos sentidos!...

- Y ese constante ir y venir de gentes..., observa la de la cúpula del Mercado.

- Y ese impertinente cotorrear... ¡Uy!, perdón por el verbo. *¡Se m'ha escapat!* (se me ha escapado), confiesa el pardalot de los Santos Juanes con jocoso regodeo.

Y el pardal nuevamente retuerce su acerado pico como si se corriera de rubor. Y es que el pardal -y la cotorra también. ¿Por qué no decirlo?- repiten al

pie de la letra frases enteras que a menudo llegan hasta sus oídos de las ruidosas vendedoras de los puestos de frutos secos del Mercado. O salen de las covachuelas de los Santos Juanes. Después de tantos años repiten ya miméticamente incluso los mismos gestos con que las vendedoras acompañan sus palabras.

Y la cotorra prosigue su diálogo poco más o menos de esta guisa:

- Mira, nosotros nos hemos adaptado a nuestro medio ambiente. Nos movemos al viento que tira y bailamos al son que tocan. Sí. ¡Pero esos de ahí abajo!... ¿Adónde van? ¿Qué es lo que les mueve? ¿Qué les agita con tanta vehemencia?

- Escúchame, le replica el pardal encarando a la cotorra su acerado y negro pico. Lo que yo te diga. Y esta vez se pone serio y solemne como deán de colegiata. Mira, la clave del éxito, al menos para mí, está en integrarse plenamente en el medio ambiente. Ser constantes y seguir siempre una misma dirección. Compartir penas y lamentos, como hacen las gentes por ahí abajo, desengáñate, no sirve para nada. Absolutamente para nada. No es si no matar el tiempo y, todo lo más, pasar el rato.

- Y también ir, venir, moverse y aparentar actividad y gentileza.

- Y, desde luego, para ostentar en cada movimiento la donosura del porte y mostrar lo que no se es.

- Ya lo dijo Blasco Ibáñez, que nació aquí mismo tras el Mercado, en la Calle del Pie de la Cruz, y conocía bien el percal: “Arroz y Tartana... y trampa adelante”.

El reloj de sol de los Santos Juanes llegaba ya al cenit de sus horas mayores, por lo que empezaba a clarearse la plaza del Mercado en sus bajos fondos. Ambos pájaros concluyen aquí su conversación. Y se despiden hasta el día siguiente que, por supuesto, también será día de mercado. Y es que en Valencia del Cid todos los días son mercado, donde las gentes se agitan, lucen el garbo y aparentan. Donde se habla y se pasa el tiempo. Donde se cuecen todos los dimes y diretes de la ciudad y alrededores. Y es que en la plaza del Mercado de Valencia, como digo, todos los días son mercado. O, como aseguraría el agudo Fígaro, “el mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval”.

La vida humana es un mercado sin salida, donde los humanos giran y giran en redondo. Y, sin embargo, para el éxito se exige adecuación al hábitat. Que ya lo cotorreó la famosa veleta de la plaza del Mercado. Y perdóneseme la reiteración.

¡Ah!, y también se requiere tenacidad y dirección. Que así lo cacareaba con su negro pico el pardal de los Santos Juanes. Un pardal, por lo demás, como la cotorra de la plaza del Mercado, muy sabio e ilustrado en efecto. Su larga experiencia, sobre la techumbre dorada de la plaza del Mercado, es ya un grado.

En esos momentos me vinieron a la mente las tres efes del triunfo: fe, fidelidad y fortaleza.

23. EL ADVIENTO

El Adviento seguramente es el tiempo más bello y agradable de todo el año litúrgico. El Adviento es año nuevo y es nacimiento, es ilusión y es esperanza, es gozo y es luz que se divisa ya en la lejanía. En este tiempo de espera y esperanza el cristiano camina como con aire festivo hacia la nueva luz de la Navidad. El Adviento es el tiempo litúrgico del estar despiertos, expectantes, aguardando la llegada gloriosa del gran Dios y Señor que vendrá y nos salvará, como asegura la liturgia.

De don Miguel de Unamuno se dice que practicaba, o por lo menos predicaba, la que él tiene por decimoquinta obra de misericordia. Es decir, *despertar al dormido*. Yo creo que es la esencia más íntima del Adviento, como preparación a la venida del Señor. Despertar al dormido, vigilar, espabillarse, esa es la esencia del Adviento.

Por otra parte yo recuerdo con nostalgia mis despertadas de niño para acudir a la escuelita del pueblo. Tenía yo la habitación en el piso superior de una casita de labradores de doble piso y pajar. Mi

madre, desde la cocina, o en todo caso asomándose a la puerta de la escalera, con esa voz propia de las madres que parecen querer transmitir con su voz todo su amor materno, me gritaba: “Despiértate, hijo, espabílate y lávate las legañas, que tienes que ir a la escuela”.

Hecho lo cual, y antes de franquearme la puerta de la calle, me obligaba a desayunar bien. Que hay que comenzar bien el día, qué caray, decía ella para animarme. Eso sí, en mi niñez yo asistía a la escuelita rural del pueblo, no a colegio alguno de pago. Por otra parte no tenía necesidad de embutir de libros y cuadernos mi mochilita, como se acostumbra a hacer hoy, según me aseguran. Y esto por una doble razón. Primero porque la escuelita comunal se encontraba frente a mi casa. Y segunda, porque carecía de mochila y de libros que meter en ella, y mucho más de dineros para poder conseguirlos. Una pequeña enciclopedia y una pizarrita que llevaba en la mano era entonces todo mi bagaje escolar. El pizarrín para escribir -lo recuerdo como si fuera hoy- lo llevaba en un cartucho vacío del 12 de caza de la perdiz.

Pues bien, mi buena madre, mujer sencilla y de pueblo o aldea, como digo, en su llamada supo sintetizar como nadie la actitud cristiana que debe de impregnar el espíritu del tiempo del Adviento. Parecía decirme: Despiértate, que llega el Señor. Espabílate, es decir, enciende la luz, aviva el pabulo del candil. Levántate, ponte limpio y guapo que te tienes que presentar a la señora maestra. Diz que

ahora la llaman *la seño*. Bueno, yo estos usos los desconozco. Seguramente será así.

Otros días mi buena madre variaba un poquito la formulilla, pero la musiquita poco más o menos era siempre la misma. Al menos el sonsonete que yo percibía desde mi alcoba, siempre me sonaba igual. “Levántate, hijo, y espabílate. Y vístete bien, que ya está siendo el sol”, me decía desde la cocina o asomándose a la escalera, como he dicho antes.

Es también todo lo que me dice la liturgia del Adviento. “Estad despiertos, es decir, vigilantes, con una esperanza activa, como quienes, ya limpios y aseados, esperan al Señor que vendrá y nos salvará. Limpios y aseados, es decir, convertidos. Los griegos traducen la palabra conversión por *metánoia*, palabra ciertamente muy exigente. Entraña un cambio radical en el modo de ser, en la forma de pensar y en la manera de vivir y de actuar.

El apóstol Pablo a Tito le invita, con estilo semántico tal vez mucho más cristiano, a llevar una vida sobria, honrada y piadosa esperando la gloriosa venida del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo. Y el apóstol Pedro exhorta: Esperad y apresurad la venida del Señor. Estad siempre en vela, aconseja San Mateo. Y la liturgia, uniendo la esperanza del salmista al gozo de los alleluyas del Adviento, invita a clamar insistentemente al Señor: “Ven, ven, Señor, no tardes. Ven pronto, Señor”.

Desde luego las antífonas ¡Oh!, que recitamos los ocho días precedentes a la Navidad, que constituyen como una especie de suspirillos del alma, son un encanto. Iluminan la esperanza de una luz

ya casi pascual. Son como un anticipo de la alegría de la Navidad. Invitan a levantar la vista al cielo, a estar gozosos, festivos. Espabilaos quiere decir, estar vivos, activos, encendidos. “Que la esperanza os tenga alegres. Estad firmes en la tribulación. Sed asiduos a la oración”, aconsejan los Libros Santos.

Antiguamente, y de modo especial en aldeas o pueblos pequeños como el que me vio nacer, en el que la luz eléctrica proporcionaba escasa iluminación a la casa, pues lucía menos que una luciérnaga en pleno sol, las gentes utilizaban el candil. ¿Y qué era el candil?, me preguntarán ustedes. Pues se trataba de un artilugio de hojalata que, en una doble cazoleta con pico, que contenía el aceite, se introducía un pabilo. Generalmente se le conocía por la torcida del candil. Cuando la gente se retiraba a dormir apagaba el candil y lo depositaba sobre la repisa de la ventana o en el piso de la alcoba. La Biblia parece indicar que algunos lo colocaban debajo del celemín.

A la mañana siguiente, al ser de día, la dueña de la casa lo encendía y, seguidamente, removía la torcida del candil con una horquilla con la que solía recoger su cabellera en moño. Le servía para remover los tizones del pabilo y para que el candil alumbrase un poquito más la habitación. Es decir, para que se espabilase, se avivase la llama y proporcionase más luz a la casa. Y, acto seguido, con la alcuza proveía de aceite la cazoleta del candil. Y esta es otra de las característica del tiempo del Adviento, o tiempo de preparación a la venida del Señor, el avivarse, el espabilarse o despabilarse, que dicen los gramáticos que es lo mismo.

La tercera característica es aséate y ponte guapo para que te vea la señora maestra. Ya digo que hoy los niños la llaman *la seño*. ¡Lo que economizan en letras! Pero creo yo que es rebajar un tanto la cortesía y respeto debidos a quienes ejercen el noble arte de maestro. Por lo menos a mí me parece más señorial llamar a la profesora señora maestra, como nosotros decíamos en nuestro tiempo.

En una palabra, que la liturgia del Adviento está toda ella centrada en la esperanza cristiana y en la preparación a las fiestas pascuales de la Navidad. A mí esta liturgia siempre me ha resultado amable, sumamente amable, pues tiene como base una fe firme y una esperanza que no defrauda. Y constituía para mí un encanto el escuchar en la noche santa de la Navidad: “Hoy sabréis que viene el Señor, y mañana veréis su gloria”. Y, naturalmente, esperábamos y preparábamos con ilusión, hasta ver ya casi presente, la gloria encantadora del Niño Dios de Belén.

“Despierta, hijo. Espabílate y aséate bien, que ya abren la escuela”, algo que a los jóvenes escolares de hoy parece no sonar bien. Especialmente los lunes. Pero, qué quieren que les diga, toda conversión es un ejercicio de ascesis y la ascesis no es algo amable y deleitoso. Al menos no es agradable a la naturaleza humana. Y conversión pide la liturgia del tiempo del Adviento como preparación a la Navidad.

Lo piden las madres a sus niños para ir al colegio. Y lo pide también la decimoquinta obra de misericordia de don Miguel de Unamuno, *despertar*

al dormido. ¡Ahí es nada! ¡Cómo si la cosa fuera tan fácil! ¡Pregúntenselo, pregúntenselo ustedes, si no, a los estudiantes un lunes por la mañana pronto, al amanecer!

¡O, a las mamás que se tienen que desgañitar para despertar a sus niños para poder llegar a tiempo al colegio!

24. NURSES PARA PERROS

Siempre me han parecido nuestras viejas ciudades castellanas el símbolo, hecho realidad palpitante, del sentido común y de la armonía. Burgos, Toledo, Cuenca..., todas ellas, tan sencillas y recoletas, entre los oros viejos de sus piedras antañonas guardan un sentido de hermandad en la que cada hombre o niño se siente vecino, amigo, hermano.

En nuestras viejas ciudades castellanas encontramos siempre enhiesta, erguida, una espadaña, una torre, un crucero cuajado de agujas góticas que es como el corazón encendido y palpitante de la acogedora ciudad. A él, en cada momento de la jornada y de cada punto de la ciudad, se puede elevar la mirada del cuerpo y del espíritu. Y allí está lo equilibrado, lo armónico, el triunfo del espíritu sobre la materia.

En Nueva York, en cambio, no. La gran catedral de San Patricio parece, con sus agujas neogóticas, como un álamo caído, atropellado por el piezazo enorme de esas mucho más enormes fábricas funcionales del cemento y del acero que son los ras-

cacielos de la Quinta Avenida. Allí es la materia quien sofoca al espíritu, fría, impunemente.

En Nueva York hay edificios y hay hombres, pero no hay amigos. Sus rascacielos dan la impresión de un gigantesco almacén de calzado en el que la gente está unida de dos en dos, y muchos ejemplares sueltos, lo que me parece la más frágil de las uniones. Y en Nueva York hay prisas, muchas prisas, porque hay demasiados problemas.

En Nueva York, además, no hay vecinos, no hay compañeros, no hay amigos, y... hay problemas, muchos problemas. Entre el Central Park y la Quinta Avenida tienen residencia los más ricos, o más necesitados, de la ciudad según se mire. Ayer tenían necesidad de nodrizas para sus hijos. Hoy tienen necesidad de nurses para sus perros. ¡Con cuánta razón se asegura que el perro es el mejor amigo del hombre...! ¡Ah! pero este problema, como todos los demás problemas, también está en vías de solución.

Jim Bucker, pensó que sería más lucrativo dedicarse a pasear perros que seguir su carrera de ingeniero electrónico. Y así lo pensó... y así lo hizo. Y desde luego le es muy, pero que muy lucrativo. Nosotros nos preguntamos: ¿será también más útil para la sociedad? Tal vez Jim Bucker ni lo haya pensado siquiera. Además, ¡mister dólar es el *gentleman* de tantas y tan felices ideas...!

La de Jim Bucker, como tantas ideas tanto más felices cuanto más absurdas, prendió en el corazón de Nueva York. Y el antiguo ingeniero de elec-

trónica, se vio obligado a contratar nurses para sacar a los perros a su cotidiano paseo vespertino a través de la Quinta Avenida o... por el Central Park. En la actualidad, y en menos de un año, son ya diecisiete nurses quienes perciben salario de Jim Bucker.

¡Ah!, pero en Londres, París, Estocolmo..., como yesca transportada por el viento, prendió también la feliz idea. Ante el hecho nos preguntamos: ¿Será por este pequeño desliz por lo que en estas mismas ciudades se nota la falta de nurses para niños mientras crece de modo alarmante la delincuencia juvenil? ¿No podrían estas nodrizas, de la nueva profesión peripatética, atajar un poquillo la acción chinche de tantos pequeños *tedy boys* que tienen en vilo a más de un neoyorquino? ¿Le sería mucho más difícil a Jim Bucker formar una “ciudad de los muchachos” que crear esta especie de asociación para pasear perros?

Bueno, tal vez sí, ya que el mismo Bucker ha afirmado que “puede enseñar cualquier cosa a un perro en cuatro días. Sin embargo, para enseñar al dueño a entender a su perro ya se necesita mucho más...”

¡Qué torpes somos los humanos! ¡Mira que aprender antes cualquier cosa un can que un niño o un hombre...! Ahora comienzo a explicarme el problema de la delincuencia juvenil en Nueva York y los problemitas que tendrán los ciudadanos que a esto se dedican. Nurses paseando perros mientras hay tantos niños solos que sienten la necesidad de englobarse en la banda-masa para, fría,

impunemente, atacar cualquier escaparate de cualquier calle neoyorquina. ¡Qué torpes somos los humanos!

Item más. Cuando alguien quiere comprar a Jim Bucker, por ejemplo, un can perdiguero o un caniche, y ve que esta clase de perro no le conviene al comprador, le dice: “Usted no es el tipo de dueño que necesita el perro”, lo que (traducido a nuestro lenguaje corriente y moliente) significa que es el dueño quien debe estar a disposición del caniche y no al contrario. ¡Qué cortos somos los humanos!

Item más. Sabine Kuhn, “la nurse alemanita y gentil”, como las otras diecisiete que trabajan al servicio de Jim Bucker, saca cotidianamente sus mismos cinco perros para que, durante el paseo vespéral, coincidan los canes de temperamentos afines. Bueno, que en Nueva York se aplica a los perros algo así como una educación a la medida.

Y el pequeño delincuente ¿no esta exigiendo a la sociedad con el grito duro, fuerte, estridente, de su conducta un tratamiento a la medida? ¿Por qué, a veces, internan a estos pequeños delincuentes en centros con educadores funcionarios? ¿Por qué el pequeño delincuente juvenil no puede tener institutrices que les apliquen, en grupos pequeños claro, un tratamiento a la medida?

El inadaptado social, más que nadie, necesita ser tratado con amor, con cariño, con un poquito de comprensión. En cambio, demasiado frecuentemente, se le enjuicia con la estructura mental del maestro. Se le miden sus acciones calcula-

da, fríamente. Se le mide a él mismo con criterios demasiado legalistas. Y se trata de sopesar sus méritos con sus faltas gravando antes en el corazón del adolescente la ley de la justicia que la ley del amor.

Se suele olvidar que el joven delincuente es un joven caído, ajado, desfasado. Es un joven que, accidentalmente, yace en el suelo. Y este joven necesita mucho más de un cuidado materno que no de un juez de conducta.

Recuerdo un pequeño poemita de Tagore en que un joven delincuente está en presencia del señor juez. Éste quiere penarlo. Pero la madre le defiende arguyendo al señor juez:

- “¿Y cómo has de saber tú el tesoro que él es, tú que tratas de sopesar sus méritos con sus faltas? Cuando yo tengo que castigarlo es más mío que nunca. Cuando lo hago llorar, mi corazón llora con él”.

Y finaliza el poemita con esta idea cortada con el amor del corazón materno: “Sólo yo tengo el derecho de acusarlo y de penarlo, porque solamente el que ama puede castigar”. Para mí esta idea es la suprema ley del tratamiento a la medida. Y es la suprema ley porque es la ley del amor.

En Nueva York hay nurses para perros. ¿Por qué no pudieran serlo del niño solo, caído, destrozado al borde del camino o del sendero de la vida? ¿Por qué no emplean su pequeño tratamiento a la medida con el joven delincuente o en una “ciudad de los muchachos”? ¿Por qué?, pregunto.

En Nueva York el piezazo enorme de esas más enormes fábricas de cemento y de acero, que son los grandes rascacielos, no permiten ver la catedral de San Patricio. En Nueva York hay grandes edificios y hay hombres, pero no hay amigos. En Nueva York no hay, como en nuestras viejas ciudades castellanas, vecinos, ni compañeros, ni amigos. Pero hay nurses para perros y....demasiada delincuencia juvenil.

Alguien me ha reprochado:

- ¿Tú tienes fobia a los animales?

- ¡Oh, no, no, no! Pero, la verdad, estoy convencido de que esto convendría hacer, aunque sin olvidarse de aquello. Que así lo he leído en el evangelio de San Lucas (Lc 11,42).

25. JUAN PABLO I

He de confesar que siempre he profesado una especial admiración por Juan Pablo I, el Papa de la sonrisa. Yo preferiría llamarlo el Papa de la delicadeza y de la ternura. O también el Papa de la humildad. Su paso por la vida fue un ramito de frescas violetas. Representó una verdadera bocanada de aire nuevo en la Iglesia. Fue un chupito de limón, breve y fresco, para separar sabores entre dos gigantes del espíritu: Pablo VI y Juan Pablo II. La verdad, a mí siempre me ha atraído de una manera especial su figura frágil, amable y sencilla, pero dotada de una especial ternura y de una sensibilidad limpia y transparente.

Juan Pablo I fue un Papa de sensibilidad franciscana. Fue un pobre de Yavé, sencillo, humilde. Tal vez la naturaleza agreste de su valle, el sufrimiento de los suyos, el desamparo durante la guerra, su misma figura frágil,... forjó en él un carácter humilde y providencialista. Sufriendo aprendió a obedecer, como su Divino Maestro.

Nace en el pueblecillo de Canale d'Agordo, entre dos torrentes de montaña, a la sombra de las picos de las Dolomitas, en el corazón mismo de los Alpes vénetos. Es, pues, una persona acostumbrada a la soledad de la montaña, al sufrimiento de las cumbres, a la umbría de sus valles, a la transparencia de sus torrentes. Desde niño tuvo un diálogo personal con la naturaleza, fría de nieve y cálida de hogar, de profundo calor materno en el frío invierno alpino. Fuera, en el valle, los abetos suben al cielo rectos como oraciones.

Su hermano Eduardo, en los años de su ancianidad, recuerda amablemente que su padre trabajaba en una fundición de acero con su amigo Albino, que morirá de accidente laboral. Él casa con una mujer del valle de gran reciedumbre. Le nacen primero dos niñas sordomudas, Amalia y Pía. Luego, el primer hijo, al que pone de nombre Albino en recuerdo de su buen amigo. Fallece a los pocos días. Al segundo, también le llamará Albino. Escasamente le dura un mes. Al tercero asimismo lo pondrá por nombre Albino. Muere también pocos días después de nacer. Finalmente fallece su esposa. Don Giovanni Luciani queda viudo y con dos pequeñas sordomudas.

De la segunda esposa Bórtola, Bórtola Tancón, también al primer hijo lo llama Albino. Tiene dificultades para nacer. Tanto que la comadrona lo bautiza inmediatamente, dada la fragilidad del niño. Siempre tendrá una salud endeble, pero llegará a ser Papa. Luego viene Federico, que muere pronto. Y cinco años más tarde, Eduardo. Y por

último Antonia, quienes sabrán bien de las dificultades de todo género en los apartados valles de las Dolomitas.

Durante los años de la guerra del 1914 la familia Luciani sufre hambre. Las sordomudas suplican a la madre que las permita ir a pedir limosna para poder sobrevivir la familia. Doña Bórtola cede. Pero, viéndolas doblar la esquinita de la casa con su saquito en la mano, queda llorando desolada tras la ventana. Las niñas vuelven al atardecer al hogar paterno con el saquito vacío. Pero, por lo menos han comido, asegura Eduardo en los años de su ancianidad. También Albino Luciani sale a pedir limosna.

A los diez años Albino Luciani puede leer *Cuore*, que consigue se lo compre su padre. Y quien a los diez años lee *Cuore*, de Edmundo de Amicis, puede gozar de por vida de una ternura infinita. No puede ser malo. Albino llegará a Papa. Será Papa.

Su vocación es como un susurro que apenas roza el alma. Ingresas pronto en el seminario. En los días del crudo invierno subirá en un jarro el agua al dormitorio corrido que encontrará por la mañana helada en la jofaina. Tendrá que romper el hielo para poder lavarse la cara. A más de un seminarista le dura hasta allí la vocación. Durante las vacaciones veraniegas tiene que ayudar en las labores de la casa, una casa de campesinos de montaña. Su padre le compra una guadaña para segar la hierba. Albino será uno de los cuatro o cinco segadores mejor cualificados de todo el Valle

del Agordino. También lo asegura su hermano Eduardo.

Luego, hombre de inteligencia despierta, intuitivo, de gran memoria, asciende las etapas de su carrera sacerdotal con seguridad y valentía. Ordenado sacerdote, primero es capellán de Agordo. Luego profesor del seminario durante 23 años. Obispo de Vittorio Véneto luego, Patriarca de Venecia después y, finalmente, Sumo Pontífice. Su papado durará tan sólo 33 días. Pero siempre se podrá decir de Juan Pablo I lo que dicen los Libros Santos de hombres ilustres: que murió joven, pero llenó muchos años.

En la visita apostólica que Pablo VI gira a Venecia, donde Albino Luciani ejerce como patriarca de la Ciudad Lagunar, el Papa se quita su estola de sucesor de Pedro y se la coloca sobre los hombros. ¿Fue una premonición? Puede ser, pero lo cierto es que nunca se vio tan avergonzada la humildad de un hombre.

Por los días de su elección a sucesor de Pedro, me encontraba yo en Roma. Como es normal los periodistas visitan diversas librerías tratando de adivinar por las publicaciones el posible sucesor de Pedro. Un buen amigo mío me obsequia por aquel entonces el libro titulado *Illustrissimi*, de Albino Luciani. Confieso que ha sido uno de los libros que más ha influido en mi vida.

La obra ha sido escrita con dulzura y con amor. Son catequesis *a modo suo*, como aseguran los buenos italianos. Pero todas ellas son sabrosísimas y aleccionadoras. El obispo habla con diversos

personajes, reales unos, ficticios otros: Alessandro Manzoni, Penélope, San Buenaventura, Teresa de Ávila, Pinocho, Figaro... Recuerdo ahora el famoso test de Don Cojazzi, para reconocer los diversos caracteres. Es una joya de penetración psicológica. Acude a mi mente también de la gran utilidad de los libros. Así como el relato del oso de san Romedio... ¡Qué delicia de diálogos! ¡Que sencillas catequesis! ¡Qué limpias y transparentes enseñanzas!...

Durante su papado tan sólo tendrá cuatro audiencias generales en las que, como buen maestro y catequista, explicará las virtudes teologales y la virtud de la humildad. La vida no le prestará tiempo para más. Yo tuve la gran suerte de asistir personalmente a la del 13 de septiembre de 1978 en el aula Pablo VI o del Nervi. Fue una catequesis deliciosa sobre la fe. Recuerdo que llama a un niño, Daniele por más señas, y lo coloca junto a sí. Comienza refiriéndose a las siete lámparas de la santificación, según Juan XXIII. Es decir, a las virtudes teologales y cardinales. Y a continuación centra su catequesis sobre la virtud de la fe.

Aquí en Roma -explica al niño abrazándolo cariñosamente- hubo un poeta, llamado Trilussa, que ha tratado sobre la fe. Él ha escrito (y recita la poesía con una voz dulce y una ternura casi infinita):

“Una viejecita ciega que encontré / la noche que me perdí en el bosque, / me dijo: - Si no sabes el camino, / te acompaño yo que lo conozco. / Si tienes la fuerza de seguirme, / de tanto en tanto

te daré una voz, / hasta el fondo donde está el ciprés, / o hasta la cima, donde ves el boj... / Yo le respondí: - Será así, pero me parece extraño / que me pueda guiar quien no ve... / Entonces la ciega me tomó de la mano / y suspiró: - ¡Camina! - Era la Fe”.

Lo esencial de la vida de Albino Luciani se recoge en la única palabra de su escudo, *humíltas*. Su carisma fue *servir al Señor con alegría*. Su espiritualidad, la franciscana. Su lectura preferida, la *Historia de un alma*, de Teresa de Lisieux.

Para mí Juan Pablo I ha sido mi maestro en la ternura, en la limpieza de la palabra y en la viveza de sus leyendas y consejos. Las he leído y releído muchas veces. Todas ellas son bellísimas. Pero especialmente ha sido mi maestro por el candor de su vida, por la viveza de sus catequesis y, sobre todo, por las leyendas y consejos de su buen libro *Ilustrísimos Señores*.

¡Gracias, Juan Pablo I; muchas gracias!

26. MIS VIEJOS RATONES CARETOS

Recuerdas, caro lector, la parejita de ratones caretos con que me obsequió mi amigo Filiberto y señora? ¡Mira que eran avispados, móviles y despiertos! La familia de lirones con el tiempo ha ido creciendo y ampliándose. Los pequeños se han hecho ya adultos y los adultos ancianos, es decir, senadores. En fin, una verdadera familia patriarcal que ha tendido ya una tupida red de relaciones con sus congéneres más próximos del huerto vecino. De tal manera que tienen y mantienen ya públicamente sus propias ideas. Defienden apasionadamente sus opiniones sobre las más variadas cuestiones. ¡Ah!, y han conseguido voz y voto en los más diversos foros internacionales.

El hecho es que se les ha ocurrido, con algunos más (que para esto siempre se necesita número), fundar un club de opinión. Siguiendo el ejemplo de los humanos, vamos. En estas tertulias piensan tratar temas transcendentales para su raza, sus congéneres y su modo y medio de vida. ¡No podían ellos ser menos que los humanos, claro!

El caso es que para entrar con buen pie y que la conferencia tuviera gancho suficiente, como las organizadas por el Club Siglo XXI, el primer tema a tratar ha sido *Autoridad y Responsabilidad*. Pensaban mis viejos ratones caretos que con sólo el título se acarrearía a la conferencia hasta a sus gentes más reacias a clubes y tertulias.

El primer ponente ha sido un docto ratón careto, de vieja alcurnia, acarreado para el caso de lejanas tierras. Ha comenzado por atusarse sus finos bigotes, ha enseñado sus dos pequeños, menudos diente-cillos, y ha hablado, o más bien murmurado a media voz, sobre la esencia de la autoridad, la autoridad como servicio y la autoridad como exigencia y necesidad.

Luego de media hora larga de conferencia el ponente ha pasado a exponer la esencia de la responsabilidad, la responsabilidad colectiva y la personal. Y, finalmente, y luego de una hora más bien abundante que escasa de perorata, ha dado paso al coloquio o debate y a ruegos y preguntas. O como quiera designarse a la tertulia en esta clase de clubes de opinión de roedores.

Un anciano lirón, y por añadidura legañoso, que parece ser se despertó para el caso y que estaba escasamente espabilado para calibrar los puntos débiles, objeta directamente al ponente:

- ¿Cómo es que ha dicho el conferenciante que se va a instaurar la democracia en nuestra raza?

- Perdón, saltó el ilustre roedor desde su estrado, pero creo que no he realizado una afirmación

tan tajantemente. He dicho, o en todo caso he querido decir, que cuando Alcibíades -sí, creo que fue Alcibíades- paseaba con su perro por el ágora de Atenas, alguien se le acercó para preguntarle:

- ¿Cuándo vas a restaurar nuevamente la democracia en Atenas?

A lo que aquél le contestó:

- Cuando la instaures tú en tu propia casa.

No he emitido, pues, opinión ninguna al respecto. Simplemente me he limitado a constatar un hecho.

Otro de los presentes en la tertulia de opinión se pone en pie y pregunta:

- Y la responsabilidad, ¿ha de ser colectiva o individual?

- A la responsabilidad le sucede como a cualquier otra virtud moral. Su esencia está en el justo equilibrio entre sus dos extremos. Ni toda ha de ser responsabilidad colectiva, ni toda ha de ser responsabilidad personal. Las virtudes morales no son extremistas. Se sitúan en el justo medio.

Alguien aseguró que para que una comisión sea eficaz ha de ser impar, compuesta por no más de cinco miembros y, preferiblemente, menos de tres. Y, efectivamente, para la eficacia la resolución de uno sólo es la más práctica. Pero, ciertamente, la eficacia no es la esencia de las comisiones, sino una componente de las mismas.

- ¿Cómo ha dicho su señoría, con base en la Biblia -pregunta un tercero-, que el que peca ese

morirá, y que no cargará el hijo con la culpa del padre, ni el padre con la del hijo? ¿Y afirma esto precisamente ahora que se habla de aldea global y se tiende a realizar todo en grupo, en rebaño, colectivamente, hasta las necesidades más perentorias y personales?

- Tal vez no me expresé bien, matiza nuevamente el eximio ponente. Personalmente no me inclino ni por la autoridad individual ni por la colectiva. Pues, si es verdad que divisa mejor el camino un solo águila caudal que no un rebaño de gansos, no lo es menos que con frecuencia uno cualquiera del grupo a veces halla lo que mentes privilegiadas no consiguen. Por eso dispone San Benito que “sean llamados todos los hermanos a consejo, porque muchas veces el Señor revela al más joven lo que es mejor”.

- Pues se ha dado el caso curioso (apostilla un joven lirón careto aún imberbe) de que el capítulo provincial de cierto instituto ha concluido con un solo acuerdo para gobierno de la Provincia, y éste de carácter económico sin que, por lo demás, dicho acuerdo afectase ni a uno solo de los redactores del mismo.

- Puede ser, puede ser, replica el ponente un tanto corrido desde su estrado. El caso mismo evidencia que la verdad no la aporta tanto el número, cuanto la profundidad del pensamiento. Y que el riesgo de cometer despropósitos acecha tanto a los individuos aislados, como reunidos en consejo.

Con referencia a la responsabilidad personal y colectiva, un último lirón vivaz y muy despierto

él (¡cosa insólita, pues era un lirón relativamente joven!), pregunta:

- ¿No se abusa hoy de la responsabilidad social?

- Puede ser, puede ser, replica el docto profesor venido de lejos. El nuestro es el siglo de la globalización. Por lo demás, como ya dijo el fundador del *Rincón del Silencio*, “tal vez el gran mal de Occidente ha sido colectivizar la responsabilidad, ya que cada uno tiene la suya y su trabajo por hacer. Ojalá en cada momento adecuado pudiéramos gritar: ¡Misión cumplida!”

Y a la reunión ratonil puso punto final un viejo ratón careto, que parecía ser el patriarca de la familia roedora. Se expresa, como hombre práctico y de gran experiencia en tareas de gobierno, con estas sencillas reflexiones:

- A mí me parece que el ejercicio de la autoridad requiere dotes no pequeñas de ecuanimidad y una gran prudencia y fortaleza. Por lo demás yo creo que la autoridad deberá ser la mínima. Nunca más, pero tampoco menos. Deberá ser como el cinturón: Ni tan prieto que ahogue a la persona, ni tan flojo que se caigan los pantalones.

Y el viejo ratón careto concluye su intervención preguntándose:

- ¿Normas? ¿Leyes? ¿Disciplina? Las moralmente imprescindibles. Ni una más, pero tampoco una menos.

Lo ratones finalizaron esta primera conferencia batiendo palmas al viejo orador hasta con las orejas. Y así mis viejos ratones caretos pusieron punto final a esta primera tertulia. Vamos, que fue un perfecto remedo de las del *Club de Opinión Siglo XXI*.

Y aquí también pongo yo punto y final a este libro de *Leyendas y Consejas* que tienes, estimado lector, entre tus manos.

ALGUNAS DE SUS OBRAS

P. Luis Amigó. Biografía ■

Mons. Luis Amigó. Obras Completas (en colaboración) ■

Yo, Fray Luis de Masamagrell ■

Venerable Luis Amigó. Rasgos Espirituales ■

Diálogos sobre el martirio ■

Martirologio Amigoniano ■

Meditación del Cuadro ■

Luis Amigó, religioso, fundador y obispo ■

Valencia, Asís Amigoniano ■

